

Selección



RALPH BARBY

TENGO MIEDO, AYUDAME

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

378 — Jenny, la hija del mar, *Joseph Berna*.
379 — El jardín endemoniado, *Ada Coretti*.
380 — Los juegos de Abigail, *Ralph Barby*.
381 — Aunque la muerte se vista de seda..., *Adam Surray*.
382 — Noches negras, *Clark Carrados*.

RALPH BARBY

TENGO MIEDO, AYUDAME

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 383
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 18.025 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Tengo miedo, tengo miedo, ayúdame...

Explicar la vida de Peter Wolfset es difícil y fácil a la vez, estremece recordar. ¿Por qué tener miedo? Es algo que flota en el ambiente, que envuelve, que se pega a la piel desnuda y penetra como una niebla densa y fría, casi helada. Hace tiritar, castañetear los dientes, contraer el cuerpo, nublar la mente y desear un lugar seguro, al calor del fuego, para refugiarse en él.

¿Quién es Peter Wolfset? Mejor sería preguntar: ¿quién era Peter Wolfset? Su nombre se disuelve en la bruma del tiempo, de lo desconocido, del misterio que lo envuelve todo, que aparece y desaparece en los pueblos como un halo maléfico que llega en la noche cuando todos duermen y prefieren ignorar, bien arrebujados en sus camas, con las puertas cerradas y atrancadas.

La noche es siempre densa, sea oscura como el ojo de la sima o clara, con el reluciente plenilunio cargado de enigmas que afloran y esconden, como jugando al ser y no ser.

Fue una mañana, una mañana en que la escarcha lo había cubierto todo, cuando hacía daño meter las manos en el agua, cuando hasta los animales caminaban con cuidado para no herirse y los campesinos salían de sus labores subiéndose el cuello de sus pellizas. Los perros bullían inquietos, como buscando calor, y el aliento era vaho visible para la retina humana.

Sí, fue una mañana, o así me lo contaron, ya que yo no vivía aún.

Peter Wolfset estaba allí, sentado junto a la fuente de piedra de la plaza del pueblo, una fuente de cuatro caños y un bebedor grande para animales, una fuente cuyo eje era un pedestal sobre el que tiempo ha hubo una escultura que ni los más viejos del lugar recordaban, una escultura que había desaparecido. En verano, los niños reptaban a los bebedores, luego por los caños y subían al pedestal haciendo cabriolas. Hubo uno que se rompió una vez un brazo y otro una pierna al caer al bebedero mohoso.

Peter Wolfset estaba allí, flaco, de ojos hundidos, encogido, las manos en los bolsillos. Era como si su rostro gritara que tenía hambre.

Los vecinos que primero lo vieron pasaron de largo. Era un desconocido y hubiérase dicho que tenía ojos de halcón, como acechando a su presa; doce años debería tener a lo sumo, quizá menos.

Se dijo que pasó dos días junto a la fuente hasta que la mujer del panadero le dio unos mendrugos, compadecida de él y temiendo que fuera a quedarse allí tieso como un carámbano, pues con aquel frío la muerte no habría de tardar, hundiendo sus afiladas garras en su carne joven, aniñada aún.

Peter Wolfset asintió con la cabeza con una especie de agradecimiento quieto y hasta taciturno, como si ya estuviera medio muerto de hambre. No dijo nada y comió sin prisas, despacio, desmenuzando lentamente cada trocito de aquel pan duro que le habían dado.

Se comenta que el panadero, un hombre grueso y dado al buen comer y a beber cerveza con muy poco comedimiento, estaba descargando un carro de sacos de harina. Sudaba y se congestionaba pese al frío.

El muchacho se acercó a él y, sin decir nada, comenzó a descargar sacos con una fuerza impropia de su edad o, por lo menos, así se lo pareció a Gregory, el panadero, que también sin decir nada trabajó junto al chico forastero.

Cuando el carro estuvo limpio de sacos y blanqueado de harina, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Peter Wolfset.

—¿De dónde vienes?

El muchacho de voz oscura, casi ininteligible, como si tuviera miedo de abrir la boca, se encogió de hombros.

El panadero alargó su manaza grande y gorda, rojiza, de dedos embotados, y se la puso sobre el hombro.

Tengo miedo, tengo miedo, ayúdame...

—¿Tienes padres?

—No —respondió Peter.

—¿Murieron?

—Eso será —respondió, ambiguo.

—Si quieres trabajar para mí, no te faltará qué comer ni lugar donde dormir.

Peter Wolfset inclinó la cabeza en señal de aceptación. Gregory, el panadero, no le soltó aún; quería añadir algo, era una advertencia.

—Si te comportas como un haragán, te sacudiré con estos puños que aquí ves, y luego, de una patada, volverás a la calle.

El niño, delgado, enjuto, miró al hombre gordo, repleto de carne, sanguíneo en exceso, y asintió con la cabeza. Como si el panadero se arrepintiera de pronto de su dureza, le pasó la mano por la espalda y le dijo más amable:

—Vamos a desayunar. Si yo tengo hambre, tú también la tendrás.

Peter Wolfset trabajó para Gregory; era un duro trabajo. No fue a la escuela ni el panadero se molestó en empujarle para que fuera. El muchachito crecía alto y delgado, y se le encendía el rostro como de satisfacción cuando movía la pala en el interior del horno.

Cuando las llamas lo acariciaban, sudaba, pero no se quejaba, trabajo que, poco a poco, Gregory fue dejando para el joven que no buscaba amigos en la calle. No se interesó por acudir al café del pueblo ni formó parte de la pandilla de muchachos.

Se decía de él que sólo salía a pasear a medianoche, que le gustaba la luna y las estrellas e incluso la espesa niebla. Luego entraba de nuevo en la panadería y amasaba la pasta que dejaba fermentar mientras el fuego crecía.

Murió la mujer del panadero; fue aquel invierno particularmente crudo.

Peter Wolfset acudió al cementerio con ropas negras que alguien le prestó a Gregory para que pudiera vestir al muchacho, que ya era alto. Peter Wolfset fue observado por todos con curiosidad. Parecía haber perdido la carne alrededor de sus huesos.

Gregory fue dejando cada vez más la dura tarea en manos de Peter Wolfset, convertido en excelente panadero. El pan había mejorado en calidad, pero las felicitaciones se las llevaba siempre el gordo y abotargado Gregory.

Según comentaron quienes oían las voces, Gregory tuvo broncas con el joven obrador, pero nadie sabía cómo terminaban las discusiones. Hubo quien aseguró que terminaba humillándose el propio Gregory, pues el incansable Peter Wolfset se fue adueñando de la panadería, de tal forma que el día en que falleció Gregory de una apoplejía sin ser lo que podía llamarse viejo después de haber libado cerveza en exceso, aparecieron por allí dos sobrinos suyos, pero Peter Wolfset presentó sus cuentas ante el juez.

Los documentos estaban perfectamente claros y tanto sumaban las deudas de Gregory con su empleado, al que había prometido salarios que jamás le pagó, que el muchacho era acreedor de una suma superior al valor de la propia panadería.

Tengo miedo, tengo miedo, ayúdame, ayúdame...

Las cuentas debieron estar muy claras, porque el juez sentenció que en concepto de deudas no pagadas por el finado, la panadería pasaba a poder de Peter Wolfset, que ya se había hecho un hombre, un hombre que no había corrido detrás de las mujeres, un hombre que trabajaba duro y hacía un pan excelente, pero no caía simpático a nadie.

Cuando tomaba el dinero en pago al pan que vendía, sus dedos más semejaban garras de alimaña que dedos humanos, o quizá es que todos quisieron verle así.

Pasó el tiempo y se tejieron muchas habladurías sobre él. Era absurdo, pero a nadie pareció gustarle la forma en que se había convertido en propietario del horno y la panadería.

Se hicieron circular rumores acerca de que Peter Wolfset había maltratado a Gregory cuando éste apenas podía valerse ya por sí mismo, hasta conseguir que reventara; a todos les caía bien la figura obesa y congestionada de Gregory.

Un mal día, o mejor fuera decir una maldita noche de plenilunio, desapareció Jennifer. Era una niña de doce o trece años, hija del reverendo, una muchachita rubia y espigada de aspecto angelical a la que todo el pueblo apreciaba y en la que varias madres de muchachos se habían fijado como posible y futura nuera. Aquella maldita noche de plenilunio, Jennifer no regresó a su redil.

Su padre, el reverendo, debido al desbocamiento de su caballo, había tenido una mala caída y estaba paralítico.

Primero la cólera y luego el miedo, fueron los que hicieron gritar al reverendo Schroiter. Sobre su silla de ruedas, salió a las calles del pueblo,

iluminadas por el fantasmagórico plenilunio.

—¡Mi hija, han raptado a mi hija! ¡El diablo debe habérsela llevado! ¡Ayudadme, ayudadme a encontrarla!

Todo el pueblo salió a las calles. Lámparas de queroseno, hachones encendidos chisporrotearon en el aire, salieron todos menos Peter Wolfset que amasaba la pasta y la preparaba para fermentar mientras lanzaba la madera al interior del horno para que se elevara la temperatura.

Hasta el amanecer estuvieron buscando y buscando por todos los escondrijos. La luna y las estrellas les observaron, pero no se halló ni rastro de Jennifer, la hija del reverendo.

Tengo miedo, tengo miedo, ayúdame...

Cabizbajos, agotados, vencidos, regresaron a sus casas. El alcalde, acompañado por dos vecinos más, fue a ver al reverendo para decirle:

—Aún no la hemos encontrado, pero no dude que seguiremos buscando. Hemos enviado aviso a la policía.

—Hija, pobre hija mía, el diablo se la ha llevado —se lamentó patético el sombrío reverendo Schroiter.

Al día siguiente, un rumor, que era difícil de averiguar dónde había empezado, comenzó a sugerir:

—Dicen que vieron a Peter siguiéndola, sí, siguiéndola como si fuera un lobo.

—Sí, sí —asentía otra voz—. Ya me lo han contado, lo hizo varias noches. Jennifer le gustaba. Qué horror, si era una niña.

—¿Era? —preguntaba otra voz de mujer, estremeciéndose—. ¿Estará muerta ya o la tendrá encerrada en alguna parte?

Otra mujer más encorvada que las anteriores, mirando en derredor como temiendo ser oída, opinó:

—Si la ha raptado y ha abusado de ella, para no dejar huella de su crimen bestial y satánico, la habrá reducido a cenizas en su horno.

—¡Qué horror! —exclamaron las demás.

Los rumores fueron tomando fuerza de verdades, de acusaciones directas. Al atardecer, los hombres acudieron a la plaza armados con garrotes. Se murmuraban unos a otros hasta que el propio alcalde preguntó:

—¿A qué esperamos? Hay que salvar a la niña, sin es que aún se puede salvarla.

El grupo de hombres se convirtió en una piña, una piña dura que derribó la puerta del horno de Peter Wolfset al arremeter contra ella.

—¡Cogedle, cogedle vivo para que hable!

—¡Fuera, fuera de mi casa, fuera todos! —gritó Peter Wolfset, pero recibió un golpe que le abrió una brecha en la frente. Se tambaleó y más golpes llovieron sobre él, hasta que alguien gritó que no convenía matarle hasta que no dijera dónde estaba la niña.

Registraron el almacén, los sótanos, la caballeriza. Se enfrió el horno y a Peter Wolfset lo subieron en un tonel.

Le pusieron una soga al cuello, atado de pies y manos. Todos amenazaban con derribar el tonel para que su cuerpo quedara colgado de una viga que pendía del porche.

Movieron el tonel para provocar el terror, incluso se lo llegaron a quitar. Peter Wolfset pataleó en el aire; el tonel no estaba lejos y los pies trataban de alcanzarlo con angustiosa desesperación.

—¡Di dónde está la niña, criminal! —le gritaban.

—¡Dejadle que hable, con la soga al cuello no puede hablar!

Volvieron a poner el tonel bajo sus pies y le ayudaron a mantenerse derecho, mientras él intentaba toser sin conseguirlo, la soga le estrangulaba. La asfixia invadía su cerebro, la lengua se negaba a volver a su sitio. Los ojos semejaban querer escapar de sus órbitas, inundados de pánico...

Tengo miedo, tengo miedo, ayudadme...

—¡Hay que mantenerlo vivo hasta que aparezca la niña! —ordenó el reverendo Schroiter, sentado en su silla de ruedas frente a Peter Wolfset.

La noche se llenó de linternas oscilantes. La luna se agazapó tras unas nubes que, poco a poco, fueron cubriéndolo todo. Llovió, llovió un agua helada, era aguanieve.

Cuando el día amaneció, registraron el horno. Rebuscaron entre las cenizas en busca de la señal de hueso humano, cuando llegó la policía en una berlina.. Con ellos iba una niña pálida, muy pálida...

—¿Quién es el reverendo Schroiter? —inquirió el comisario de policía que llegaba acompañado de otros agentes, éstos uniformados.

—Yo, yo soy el reverendo Schroiter.

—Saquen a la niña. —Cuando la pequeña apareció, preguntó—: ¿Es ésta su hija, reverendo?

—¡Jennifer!

—Papá, papá, tengo miedo, tengo miedo —lloriqueó la niña.

—La encontraron camino de la ciudad. Dé gracias al cielo de que quienes la encontraron es una familia honrada que la entregó a las autoridades. Ahora, explíquenme con qué derecho se toman aquí la justicia por su mano. ¿Qué han hecho con este pobre hombre?

Rápidamente, los hombres y las mujeres se desparramaron hacia sus casas. Fue como si se disolvieran en una neblina del amanecer mientras las últimas linternas se apagaban.

—¡Jennifer, lo que has hecho no tiene nombre ni perdón! —gritó el reverendo a su hija.

El comisario ordenó:

—¡Bajen a ese hombre de ahí, en seguida!

Durante dos semanas, nadie fue a buscar pan, la panadería de Peter Wolfset permaneció cerrada. Todos suponían que estaba en la cama o bien que se había vuelto loco. Nadie se acercó a pedirle perdón.

La vergüenza era tal entre las gentes del pueblo, que trataron de excusarse ante sus propias conciencias acogiéndose a las rarezas de Peter Wolfset.

Un buen día, la chimenea del horno volvió a humear, la panadería abrió sus puertas. Olía a pan recién cocido, pero nadie entró a comprar. La tienda estuvo abierta durante todo el día.

Todos prefirieron seguir cociendo sus propios panes. Al día siguiente ocurrió lo mismo, la chimenea humeó y hubo pan recién cocido, su agradable olor invadió la calle.

Mas, hubo de pasar una semana, antes de que Peter Wolfset saliera a la calle y clavara una lista de precios. Había bajado el pan un treinta por ciento.

Dos mujeres entraron en la panadería con la mejor de sus sonrisas.

—¿Cómo se encuentra, Wolfset? Todo bien, ¿verdad? Su pan huele de maravilla, nadie lo hace como usted —le dijeron.

Peter Wolfset no dijo nada, asentía con la cabeza y entregaba el pan, recogiendo el dinero que iba a desaparecer dentro del cajón de madera.

Tengo miedo, tengo miedo, por favor, ayúdame...

Tenía cicatrices en el cuello de la soga que había estado a punto de ahorcarle, cicatrices en el rostro causadas por los golpes y huellas en su cuerpo de los garrotazos, incluso, dos de sus dedos habían quedado torcidos para siempre.

Semanas, meses, años.. La gente fue acudiendo a la panadería. Peter Wolfset no era hablador y nadie quiso recordar lo ocurrido. Nadie mencionó los dramáticos sucesos y él tampoco.

Día tras día, como si no conociera la fiesta y el descanso para su cuerpo, laboraba el pan que todo el mundo comía y pagaba a precio más bajo que en los pueblos y aldeas de los alrededores, hasta que un día, al empujar la puerta de la tienda, la mujer del alcalde y otra amiga suya se encontraron con un espectáculo que las horrorizó. El pasmo fue tan grande que se quedaron como paralizadas.

El mostrador había sido retirado y en el centro del local había un catafalco rodeado de cuatro grandes cirios rojos encendidos. Dentro de un ataúd, con los ojos abiertos y los brazos extendidos, estaba Peter Wolfset, pálido, grisáceo como jamás se le había visto.

Los gritos acuchillaron a todo el pueblo, traspasando paredes y ventanas.

Todo el mundo se congregaba allí; el horror dio paso a la conmiseración.

—Fue un pobre hombre víctima de las circunstancias —murmuró el alcalde.

Después de observarlo, el médico opinó:

—No presenta ninguna señal de violencia. Las cicatrices son viejas y todos sabemos demasiado bien a qué fueron debidas.

Le miró el cuello horriblemente marcado por la soga cruel e injusta.

—Entonces, ¿de qué ha muerto? —inquirió el alcalde.

Cerca estaba ya el reverendo Schroiter.

—Muerte natural. Se ha sentido morir y él mismo buscó el ataúd. Todos sabemos que era un hombre muy raro —dijo el doctor—. Como no tiene familiares, lo mejor será enterrarlo cuanto antes, mañana al amanecer, por

ejemplo.

Pasaron a verlo, pero nadie le veló. Por la noche se levantó un gran viento y las puertas de la panadería permanecieron abiertas como para dejar escapar el ánima del cuerpo y que no se quedara encerrada en la casa.

El vendaval hizo que las puertas batieran de forma tan insistente que no dejaron dormir a nadie. Era como si los portazos hallaran mil ecos, como los aullidos de los perros.

Se llegó a decir que aquella noche llegaron al pueblo centenares de perros vagabundos que nadie sabía de dónde procedían, y nadie osó salir a la calle.

Peter Wolfset seguía en su féretro, todos lo habían visto; mas, al día siguiente, cuando quisieron enterrarlo, el cadáver no estaba y las velas, pese al fuerte viento, continuaron encendidas.

—¿Quién ha gastado esta broma de mal gusto? —inquirió el médico.

—Robar un cadáver es obra de locos o de endiablados —masculló el reverendo.

El cadáver no se encontró en parte alguna. El horno permanecía frío, con una frialdad que se había propagado a toda la panadería, como si allí jamás hubiera habido calor.

El alcalde mandó cerrar la puerta y clavarla con maderos para que nadie pudiera entrar o salir.

—Estaba muerto, puedo asegurarlo —gruñó el médico.

—Yo enterraría su ataúd y pondría una lápida —rezongó el reverendo—. Así, para todos, está muerto, se encuentre donde se encuentre su cadáver. Quién sabe si Satanás se lo llevará consigo.

—Por mí —se encogió de hombros el alcalde.

El ataúd vacío fue colocado en el carruaje mortuorio y luego hundido en la fosa cavada previamente.

—Si tu cuerpo y tu alma se halla en manos del príncipe de los infiernos —oró el reverendo Schroiter desde su silla de ruedas—, yo te exijo que te liberes de sus garras, que luches, que supliques perdón a Yahvé por tus pecados y escaparás de las tinieblas y el fuego del averno... —Continuó su plegaria para terminar, en tono más bajo—: Este pueblo te pide perdón por lo que hizo contigo en forma bochornosa e injusta.

Se levantó un viento tan fuerte que, según cuentan, la tierra azotó los ojos medio cegados a los presentes. Pese a todo, la fosa fue cubierta y colocada la lápida con el nombre de Peter Wolfset, una lápida que, cuando se volvió a ver, estaba caída hacia adelante, ocultando el nombre, y nadie quiso enderezarla.

Por favor, ayúdame, tengo miedo...

Lo realmente terrorífico ocurrió dos días más tarde, cuando comenzaron a llegar cartas certificadas a todas las familias del pueblo. Nadie se quedó sin ellas y el contenido era más o menos el mismo para todos:

«Distinguido señor —parecía decir una voz en el cerebro a

cada uno de los que leían las cartas—. Son ustedes culpables de cuanto hicieron conmigo. Juré vengarme en el lecho del dolor y lo he hecho. Todos ustedes han comido de mi pan, el pan que les he vendido cada día, el mejor pan y el más económico. Quisiera reírme, pero ya no puedo... Cuando reciban esta carta, estaré muerto y enterrado, así lo he dispuesto y así se hará, pero quiero decirles que en cada masa de pan, día a día, semana a semana, año a año, he ido añadiendo las cenizas de sus muertos. A escondidas, furtivamente, en la soledad de las noches, en la compañía de los perros errantes que veían la luz de la linterna como un alma en pena, he ido robando los cadáveres, sin importarme que tuvieran meses o siglos. Todos, absolutamente todos, los he llevado al horno para convertirlos en cenizas. Esas cenizas las he molido hasta hacerlas finas y mezcladas con harina, quizá eso ha dado un sabor especial a mis panes, los panes con que j ustedes se han alimentado. Como pueden comprender, se han comido ustedes a todos sus muertos. Quisiera reírme a carcajadas, jamás lo he hecho, pero llegada la hora de mi venganza, de mi justicia, sí desearía hacerlo, pero ya estoy muerto. Sólo puedo desear que les aproveche y recordarles que los muertos robados de sus moradas, profanadas sus tumbas, desean regresar cuanto antes a ellas para hallar su descanso eterno. Y esos cadáveres, en forma de polvo, están dentro de todos ustedes, de cada uno de ustedes. Feliz regreso al cementerio.

»Peter Wolfset.»

Gritos desgarradores, llantos, desmayos, de todo hubo en el pueblo. Se cavaron fosas, se abrieron tumbas, en ninguna había nada. Efectivamente, los cadáveres faltaban de sus féretros tal como dejara escrito aquel enigmático ser que había muerto y desaparecido sin saber cómo ni por qué.

Tengo miedo, tengo miedo. Por favor, ayúdame...

CAPITULO II

—¿Qué es lo que en realidad pretendes, Jennifer?

—Regresar.

—¿Para qué?

—No lo sé, me siento culpable de la situación.

—Tú no eres culpable, sólo fuiste el detonante. Todo el pueblo estaba predispuesto contra ese extraño personaje llamado Peter Wolfset.

—Lo sé, pero si yo no hubiera huido del lado de mi padre...

—El motivo habría sido otro. Luego el pueblo comprendió su error y olvidó su encono contra Peter Wolfset, que no dejaba de ser un intruso en aquella comunidad.

—Llegó de niño, se pasó la vida allí.

—Sí, pero no era hijo ni pariente de nadie del pueblo; ni siquiera era bastardo de alguien que viviera allí.

—¿Se le habría aceptado mejor en el caso de ser bastardo?

—Sí, creo que sí, siempre se le hubieran buscado parecidos. Nadie supo nunca de dónde vino, ni siquiera adonde fue.

—Murió.

—Sí, eso es lo que dijo, pero según me has explicado, su cadáver no volvió a aparecer y su ataúd fue sepultado vacío.

—Esa es la historia que me contaron. Yo la he vivido más por lo que me han dicho, por lo que me han escrito, que por mí misma. Mi padre me azotó con una vara por haber huido de su lado, con tal furia que jamás se borrarán las cicatrices de mi espalda. Nadie lo supo, me tuvo encerrada durante varios meses como castigo y luego me envió al internado, el más religioso y duro que encontró.

—Has sido una víctima del puritanismo de tu padre.

—El puritanismo siempre va unido a la crueldad por parte de quien lo exige. Para mantenerse, el puritanismo siempre se cobra víctimas.

Llovía, pero la lluvia era tan fina que apenas se veía caer.

Los pasos resonaban quedos. Se detuvieron justo en el centro del puente.

David sostenía el ancho paraguas negro empapado de agua. A su lado, Jennifer mantenía las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina roja mientras una capucha de plástico le protegía la cabeza.

Las farolas encendidas iluminaban el largo y ancho puente mientras el agua oscura se deslizaba bajo ellos. Un automóvil pasó salpicando en derredor mientras el zumbido del parabrisas quedaba ahogado por el ruido del motor.

—¿Qué esperas conseguir, Jennifer?

—No lo sé. Existe una maldición que flota en el ambiente, una maldición que ha penetrado en los cuerpos de aquellas gentes y las devora como si fuera un cáncer.

—¿Y tú pretendes conjurarla?

—Eso desearía.

—¿Cómo?

—Sé que soy una pieza importante en este juego, pero no sé cómo moverme.

—¿Has buscado a un exorcista?

—Hablé con dos sacerdotes sobre esto y no funcionó. Uno viajó al pueblo, habló con aquellas gentes, pero no consiguió nada.

—¿Y el otro?

—Intentó convencerme de que todo era una tontería.

—Y tú estás convencida de que no lo es.

—Seguro que no lo es, David. Nadie ha nacido en el pueblo desde la muerte de Peter Wolfset y todos van muriendo.

—¿De alguna forma especial?

—Ha habido varios suicidios; también es cierto que se han desencadenado enfermedades causadas por la depresión.

—¿Y no han tratado de emigrar, buscar otras tierras donde vivir en paz con sus conciencias?

—Algunos lo han intentado.

—¿Y les salió bien?

—En absoluto. Una familia entera que pretendía marcharse, siguiendo el camión que transportaba sus enseres, sufrió un accidente. Se incendió su coche y todos perecieron carbonizados. Fueron regresados al pueblo para ser enterrados.

—Mala suerte, pero fue un accidente, tú lo has dicho.

—No creas. Otro murió de aviación y sus restos fueron llevados al pueblo por un vehículo funerario, y hay más casos. Todos los que han intentado alejarse, han regresado dentro de un ataúd y más pronto de lo que imaginaban.

—Entonces, todos creerán que esa maldición es un hecho.

—Un hecho que nadie se atreve a ignorar.

—¿Y los que se han quedado en el pueblo lo hacen con resignación?

—No, no hay resignación, es una agonía desesperada. Saben que se comieron las cenizas de sus padres, de sus hermanos, incluso de alguno de sus hijos y sus abuelos, de sus ancestros más lejanos.

—Y tú, ¿cómo conseguiste salir del pueblo?

—Yo marché antes de que Peter Wolfset llevara a cabo su venganza. Por otra parte, creo que no me hizo responsable a mí de lo ocurrido; yo no recibí la maldita carta certificada.

—Pero tú te sientes culpable y eso no es justo.

—David, ¿quién crees que podría ayudarme?

—No lo sé. Ya has comprobado que te he escuchado con todo respeto y atención, pero yo no creo en maldiciones ni en los fantasmas, en los muertos vivientes ni nada de todo eso.

—No te lo reprocho, David. Y lo cierto es que tu escepticismo, tu

incredulidad, me dan fuerzas a mí. Me siento más segura junto a ti; es como estar junto a una columna pétrea que no temblará con el azote de la tormenta.

David pasó un brazo por la espalda de la muchacha y la atrajo más hacia sí. El paraguas les cubría bien a ambos mientras las aguas del río, aguas que por su negrura no se veían, continuaban deslizándose en busca del mar.

Un coche policial, al verlos, disminuyó la marcha. Al llegar a su altura, David se volvió para mirarles, les sonrió y ellos correspondieron con un gesto de saludo. El vehículo patrulla reanudó la marcha, aumentando la velocidad.

—Todavía quedan románticos —comentó uno de los agentes.

Tengo miedo. Por favor, ayúdame...

Regresaron sobre sus pasos. Subieron al coche de David y el motor runruneó al ponerse en marcha. Sin prisas, comenzó a circular sobre el asfalto mojado que reflejaba las luces de las farolas.

—En realidad, lo que tú buscas es una persona extraña, una persona fuera de lo común, que crea en todas las cosas que yo no creo.

—Sí, pero tengo miedo de caer en manos de embaucadores.

—Sí, en esos casos es lo habitual. Hay demasiados embaucadores que se lucran con los temerosos, con los que distorsionan las religiones y prefieren ver lo blanco negro, los que ven al diablo por todas partes.

—¿Crees que hay alguien que en estos asuntos no sea un embaucador?

—Yo creo que casi todos lo son. —Hizo una breve pausa y sin mirarla, atento a la conducción, añadió—: No obstante, hay cierto personaje...

—Sigue, sigue...

—Es un tipo extraño. Ha viajado por todo el planeta y sé que hay gentes de todas partes que le consultan. Es un hombre muy culto y también muy excéntrico.

—¿Es un hombre de circo?

—No, todo lo contrario. Se refugia en la intimidad de su mansión y tiene una debilidad.

—¿Cuál?

—Colecciona.

—El coleccionismo es un hobby muy extendido en Europa.

—Sí, pero él colecciona enanas.

—¿Enanas? —repitió perpleja.

—Sí, han de enanas y de características especiales. Por supuesto, no puede comprarlas y pincharlas con una aguja para colocarlas en cajitas de cristal, no, claro que no. Cuando encuentra una, la va a visitar, la estudia a fondo, toma todos los datos posibles. La fotografía de mil maneras, haciendo un metódico estudio de cada una de ellas, y termina por pintarla.

—¿El mismo?

—Sí.

—¿Es pintor acaso?

—No, si se entiende como pintor vivir de la pintura, pero asegura que pintando esta clase de retratos saca mucho más de su personaje de lo que

pueda conseguir fotografiándolas.

—Sí que es extraño ese hombre. ¿Cómo se llama?

—Doctor Badwell.

—¿Doctor?

—Sí, está doctorado en Medicina por la universidad de Heidelberg y por la Sorbona de París.

—Entonces, sí que es un hombre muy culto.

—Lo es de veras; yo he asistido a varias de sus conferencias. Ya sabes que me interesa la psicología y la sociología; cuando termine mis estudios, no sé exactamente cuál de estas especialidades elegiré, pero de todos modos he de aprender mucho de esos extraños personajes que parecen poseer una cultura que queda fuera de los libros de texto y de consulta; quizá esté en algunos libros antiguos.

—¿Crees que el doctor Badwell podría ayudarnos?

Cuando quedaron ante la pequeña placa de metal en la que podía leerse el nombre del doctor Badwell, Jennifer sintió un poco de miedo. La fachada era oscura, los setos casi negros, parecía que no hubiera nadie en la casa.

Al fin abrió la mirilla y una voz cascada de mujer, una mujer que podría rondar los sesenta años, preguntó:

—¿Quién es a estas horas?

—El doctor Hitman —respondió David.

Tengo miedo; por favor, ayúdame, ayúdame...

La mirilla se cerró con un chasquido metálico. La mujer pareció alejarse y al poco rato regresó, franqueando la puerta.

Jennifer tuvo que inclinar la cabeza para ver a la mujer. No debía llegar al metro de estatura, quizá le faltaría medio palmo. Vestía de negro y cubría su cabeza con un pañuelo también negro. La vejez se acusaba en las arrugas de su rostro; sin embargo eran vivaces, cargados de una picardía maligna. Se rió como para sí misma, adivinando la sorpresa que causaba en la visitante.

—Sígame.

Avanzó delante de ellos a saltitos, era realmente grotesca.

Jennifer pudo ver colgados en las paredes retratos de mujeres enanas en las más diversas posturas, incluso desnudas y siempre contrastando con algo que diera proporción de estatura, una silla, una mesa, un perro, un cochecito de niños.

La casa era de estilo ochocientas y recargada en objetos, cortinajes y muebles. Por contra, la luz era escasa. Las ventanas semejaban claveteadas para que la civilización del automóvil, del plástico, del petróleo y de la energía nuclear, no penetrara en aquella mansión, violándola.

La sala adonde fueron conducidos era muy grande. A ambos lados había regias y altísimas estanterías repletas de libros. El suelo era de viejo parquet y sonaba una música de fagot que semejaba pertenecer a una partitura muy antigua.

La chimenea era grande, de mármol. Cerca de ella, encajado en una butaca

de respaldo alto y orejeras, había un hombre con un libro en la mano. Más parecía meditar mirando las llamas que leer. Pero lo más extraño, lo más sorpresivo, eran las tres mujeres ancianas, todas ellas enanas, que cogidas de la mano danzaban al compás de la música del fagot y reían como niñas, aunque sus risas eran cascadas.

La cuarta de las enanas, la que había abierto la puerta, separó dos de las manos que danzaban unidas y protestando como si fuera una niña en la escuela, se unió al baile.

—Adelante, adelante —les invitó el doctor Badwell, que observó primero a Jennifer y luego miró al joven alto, de cabello castaño cobrizo como su bigote—. ¿Es usted el doctor Hitman?

—Disculpe usted, doctor Badwell. En realidad, todavía no soy doctor, me falta un curso para conseguirlo, pero soy un gran admirador suyo.

—Bien, y aparte de mentir, ¿qué más puede decirme? Supongo que ha venido por algún asunto concreto.

—No venimos a contratar sus servicios, doctor Badwell —intervino Jennifer—. Ni David ni yo tendríamos dinero para pagarle a usted.

—Bien, ya han dicho que quieren que trabaje sin cobrar.

Sonrió. Era un hombre alto, de cabello blanco, muy lacio y cuidadosamente peinado. Sin embargo, sus cejas eran negras, como si se las tiñera meticulosamente, pelo a pelo.

—Yo lo he pedido a David que le visitáramos. El me ha hablado de usted y he comprendido que es el único que puede ayudarnos.

—¿A ustedes?

—No, a mi pueblo —puntualizó Jennifer.

—¿A tu pueblo, encantadora criatura?

Se acercó a un magnetofón que tenía medio oculto y silenció la música al son de la cual bailaban cuatro mujeres. Estas comenzaron a protestar y lo hicieron en distintas lenguas; se pusieron casi violentas contra su protector, el doctor Badwell, que mediría metro noventa, quizá unos centímetros más.

A Jennifer no le gustaron aquellos cuatro pares de ojos inquisitivos clavados en ella como si fueran cuervos subidos a la rama seca de un árbol muerto, esperando que la agonía de alguien llegara a su fin.

—Discúlpenlas, no son muy sociables. Son las brujas enanas.

—¿Brujas enanas? —repitió Jennifer.

—Sí, realmente lo son. Por su enanismo fueron rechazadas por las distintas comunidades en que habían vivido y se vieron obligadas a sobrevivir en la niñez buscando hierbas, acercándose a otras brujas y así se fueron convirtiendo ellas también en brujas. Poseen unos conocimientos empíricos que asombrarían a muchos científicos; conocen las hierbas, el bosque, los insectos y ellas saben mucho de las maldades humanas. No son brujas de Macbeth, pero son brujas enanas y yo confío en ellas. Lo confieso que en ocasiones ignoro si practican la magia blanca o la magia negra. Quizá en un futuro próximo mi cabeza sólo sea una calavera en manos de estas brujas

enanas.

Las cuatro mujerucas se rieron de forma espectacular, sacudiéndose codazos entre ellas.

—La verdad —dudó Jennifer—. No sé si usted puede ayudar.

—¿Ayudar a qué?

—Se trata de una especie de maldición —explicó David Hitman.

—¿Una maldición contra una familia?

—Contra todo un pueblo —concretó Jennifer.

—Será mejor que le cuentes toda la historia —le pidió David.

Tengo miedo, tengo miedo. Por favor, ayúdame...

El doctor Badwell se arrellanó en la butaca; al lado tenía el fuego y era como si su rostro quedara enmarcado por las llamas. Parecía dispuesto a escuchar.

CAPITULO III

Otto era un sujeto que prácticamente servía para todo. Alto, fornido, hermético, lo mismo hacía de secretario para el doctor Badwell que de mayordomo, chófer o mecánico para el automóvil.

El doctor Badwell le pagaba muy bien por sus servicios, pero aunque le hubiera pagado menos, Otto habría estado sirviéndole, ya que se encontraba muy a gusto con él. Le consideraba un ser superior en inteligencia y cultura y quizá también le debiera la vida por una curación extraordinaria.

Otto conducía el amplio y lujoso automóvil alemán con gran suavidad, sin prisas.

A su lado iba sentado el doctor Badwell, absorto e indiferente al triste paisaje invernal. En el asiento posterior, las cuatro brujas enanas no cesaban de parlotear, era un continuo cloqueo. Escuchando con atención, se descubría que no todas hablaban la misma lengua; sin embargo, se entendían o parecían entenderse porque, de pronto, entraban en enconadas discusiones a las que el doctor Badwell no daba importancia alguna. A lo sumo, conectaba la cassette de música culta y subía el tono hasta hacer imposible que las discutidoras se entendieran.

Delante, a poca distancia, rodaba el automóvil de David conducido por éste. A su lado, lanzando de cuando en cuando miradas hacia atrás, viajaba Jennifer, que fumaba un cigarrillo.

—¿Crees que conseguiremos algo? —preguntó David.

—No lo sé. ¿A quién más podía recurrir?

—¿Cuánto tiempo hace que faltas de ese pueblo?

—Años.

—¿No crees que todo puede haber cambiado?

—Por lo que me han escrito, no ha cambiado; es decir, va a peor.

—¿Y tu padre?

—Fue de los primeros en morir.

—No me has contado cómo ocurrió.

Ella chupó el cigarrillo con fruición; mantuvo el humo en sus pulmones y luego lo expulsó antes de hablar.

—Lo que le ocurrió a mi padre se lo llevó a la tumba consigo.

—Pero ¿su muerte?

—Cuando se levantó el día, encontraron las puertas de la iglesia abiertas de par en par. La cruz, la única cruz existente, no estaba dentro, si no afuera, arrojada al suelo, lejos del templo y en medio de la plaza estaba mi padre en su maldita silla de ruedas.

—¿Muerto?

—Sí. Aquella noche nevó tanto que quedó cubierto de nieve hasta los muslos. Estaba congelado. Tuvieron que sacarlo con palas y debió ser horrible como todo lo que aquí sucede.

—¿Fuiste al entierro?

—No.

—¿Por qué?

—Dieron aviso al internado y cuando me lo comunicaron, caí enferma fulminantemente.

—¿Tanto te afectó?

—Sí, tanto que fingí estar enferma para no ir al entierro. Yo no quería a mi padre, por eso traté de huir. Vivir a su lado era horrible; luego los bastonazos. Disfrutaba pegando mientras mascullaba que lo hacía para purificarme. Que Dios te libre de un purificador, están locos.

—¿Crees que tu padre lo estaba?

—Sin duda, pero prefiero no hablar de ello.

—Como quieras. Es trágico que el que se tiene por representante de Dios sea un loco.

—Pues es un hecho que se repite demasiado. Mi padre murió y creo que fue un bien para la iglesia que representaba.

—Hablas de una forma muy dura.

—Más duro fue soportarlo.

—¿Crees que fue él quien arrojó la cruz fuera de la iglesia?

—No lo sabremos nunca, su locura pudo llevarle a ello. En el fondo, también él se sentía culpable por lo sucedido y el espíritu de Peter Wolfset se aparece en el pueblo?

—Eso dicen.

—Es extraño que los periódicos no lo hayan mencionado.

—Las gentes del pueblo no divulgan nada, llevan su carga como una penitencia. Prefieren no hablar de ello porque se saben culpables de la venganza dé Peter Wolfset.

—Mira, eso debe ser el pueblo —señaló David mirando hacia adelante por aquella carretera llena de socavones, con un firme deteriorado, como huesos carcomidos que ya no se repondrían jamás.

Como si las nubes hubieran estado esperando que llegaran a la población, comenzó a llover.

El cristal parabrisas se llenó de gotitas que quitaron visibilidad. David conectó el limpiaparabrisas, que dibujó dos medias circunferencias entrecruzadas. Encendió también las luces, pese a que todavía no era de noche, pero el cielo estaba tan encapotado que la visibilidad era pésima.

Las paredes de las casas eran de un tono grisáceo que se oscureció más al mojarse.

Crecía en abundancia el moho y la hiedra y los árboles se veían añosos y copudos. Las coníferas tenían un verdor muy oscuro y los árboles de hoja caduca se hallaban tan desnudos que producían sensación de muerte y hostilidad.

—Tú dirás hacia dónde me dirijo —preguntó David.

—Ve al centro del pueblo, verás la plaza y la iglesia a tu derecha.

—¿Vamos a la iglesia?

—A la izquierda de la iglesia hay unas casas; allí vivía con mi padre.

—¿Será suficiente para alojarnos a todos?

—Sí. Abajo había un almacén de grano y mi padre compró el piso que hay sobre el almacén.

El automóvil de David cruzó la plaza en la que no había nadie. Parecía un pueblo muerto, un pueblo fantasma pese a estar habitado. El chófer del doctor Badwell les siguió y se estacionó justo detrás.

—Menos mal que hay este porche para protegernos —observó el doctor Badwell apeándose del vehículo.

Jennifer abrió el puño y mostró una llave.

—Ahora entraremos. Lo que no habrá es comida.

—Traemos la suficiente para esta noche —dijo Otto con su acusado acento germánico.

—Sí, mañana ya encontraremos algo —dijo la propia Jennifer.

Se acercó a la puerta con su llave y notó la frialdad en la mismísima madera. Más que la puerta de una casa, parecía la entrada de un panteón.

La cerradura gruñó, las bisagras chirriaron mientras las cuatro brujas enanas se estremecían dentro del lujoso automóvil alemán. Luego rieron, como si estuvieran disfrutando de una situación.

—Hum, qué mal huele —comentó el doctor Badwell.

—Es que hace tiempo que está cerrada y no se ha ventilado. Habrá que abrir las ventanas.

—¿Con el frío que hace? —Preguntó el doctor Badwell—. ¿Y si buscáramos a alguien que nos diera cobijo por esta noche? Pagando todo se soluciona, y quizás a algunas personas de este pueblo no les vengan mal unos billetes.

—Sí, será lo mejor —admitió Jennifer.

David Hitman, mirándola a los ojos a la escasa luz que entraba por la ventana recién abierta, inquirió:

—¿Crees que te atenderán?

—Sí, creo que sí, aunque a ciencia cierta ya no sé los que quedan vivos todavía.

—Si deja de llover, se levantará una espesa niebla —opinó Otto, añadiendo—: Hará frío, mucho frío. Necesitamos mucha leña y una chimenea que tire bien.

—¿Crees que podremos encontrar solución para esta noche? —preguntó el doctor Badwell.

Jennifer respondió:

—Lo intentaré.

Por favor, ayúdeme; tengo miedo, tengo miedo...

David Hitman abrió su gran paraguas negro y acompañó a la muchacha. Puertas y ventanas se veían atrancadas.

A la primera casa adonde llamaron, dando aldabonazos, nadie respondió.

—No insistas, parece que la casa está vacía —le observó David.
—Creo que lo mejor será ir directamente a la casa de Arnold.
—¿Le conoces bien?
—Sí. Michael Arnold es el alcalde; vive aquí mismo en la plaza, es aquella casa.
Señaló una de las casas más regias que allí había. Se hallaba al otro lado de la fuente en cuyo pedestal no había nada.
—Vamos, pues.
El porche se hallaba sostenido por columnas de piedra. Llamaron a la recia puerta de madera tachonada de clavos gruesos. Una ventana alta se abrió, asomando una cabeza de mujer.
—¿Quién es?
—Soy Jennifer, señora Arnold, Jennifer Schroiter.
—Dios mío, no es posible —exclamó. Cerró la ventana y siguió diciendo —: Es Jennifer, la hija del reverendo.
No tardaron en franquear la puerta. Salió a recibirles un hombre grueso, con papada, abundante cabello y ojillos nerviosos. Tras él, dos mujeres; una podía ser su esposa y otra, su hija y también un muchacho delgado que mantenía la boca abierta, una boca que babeaba ligeramente y miraba con expresión muy sorprendida.
—Jennifer, no te esperábamos. ¿Cómo tú por aquí? —preguntó el propio alcalde.
—He venido con unas amistades, un doctor y mi amigo, que es estudiante del último año de Medicina. Buscamos un lugar menos hostil que mi casa para pasar la noche; mañana ya la acondicionaremos.
—¿Venís por mucho tiempo? —quiso saber la mujer del alcalde.
—No, no creo, sólo por unos días. ¿Podrían cedernos unas habitaciones?
—Sí, sí, claro que sí, hija. Pasad, pasad.
—¡Doctor Badwell, Doctor Badwell! —Llamó David—. Pueden venir.
Entraron en la casa. Había allí calor de hogar, aunque el joven de rostro acretinado no quitaba ojo a Jennifer.
—Hija —le dijo en tono familiar la esposa del alcalde— ocurren aquí cosas muy desagradables.
—Lo sé.
—Tu padre, bueno...
—Por favor, no cuentes historias tristes ahora —la atajó su marido.
La presencia del doctor Badwell y su criado Otto cayeron bien en la familia Arnold, que aún no había visto a las brujas enanas.
—Jennifer, tú puedes dormir en la habitación de Griselda si te parece bien.
—Sí, sí, papá, que duerma conmigo, tenemos muchas cosas que contarnos —dijo la propia hija de la familia Arnold.
—Para ustedes dos tengo una habitación con sendas camas —indicó a David y el doctor Badwell. Luego se encaró con Otto—. Y usted, usted puede dormir en un cuarto que hay junto al de Joseph, mi hijo. Es algo pequeño,

pero las circunstancias...

—Me adaptaré, no se preocupe —aceptó Otto.

—Haría falta una habitación más —observó Jennifer.

El propio doctor Badwell se apresuró a decir, con el aplomo que le caracterizaba:

—No es necesario. Ellas —se refería a las brujas enanas— se las arreglarán.

—Si no es .indiscreción —comenzó a decir el alcalde Arnold—, ¿quién son ellas?

—No se preocupe, son unas ancianas.

—¿Ancianas? —repitió la señora Arnold.

—Bueno. Digamos que ellas son campesinas y saben arreglárselas. No teman, ya tienen la casa de la señorita Jennifer. Nosotros, los de la ciudad, somos más delicados desgraciadamente y soportamos peor la falta de comodidades.

El doctor Badwell sabía muy bien la impresión que podían causar en aquellas gentes las cuatro ancianas enanas, más que recogidas, coleccionadas por él. A lo largo de sus viajes por toda Europa, no había sido fácil convencerlas para que fueran con él.

Y, en el fondo, sabía que ellas tenían razón al huir de la sociedad, pues la sociedad las miraba como personajillos de circo o con mucha prevención, como si llevaran dentro algo diabólico. Ellas, que eran muy conscientes del efecto que causaban, se regodeaban en su conducta, casi siempre grotesca.

David comprendió que el doctor Badwell no deseaba que la familia Arnold viera aquella noche a las cuatro enanas porque corrían el riesgo de ir todos a la calle y, quizá, lapidados.

El ambiente en la pequeña población era casi desesperado; la muerte saltaba de una casa a otra, brincando sobre los tejados, como introduciéndose por las chimeneas para atisbar en el interior de las casas lo que allí sucedía.

La señora Arnold preparó la cena. David Hitman observó que las ventanas seguían cerradas y atrancadas desde dentro.

—Eres, eres la única persona que ha regresado al pueblo —dijo Griselda a Jennifer, añadiendo—: Viva.

—Por favor, Griselda, estamos cenando —le recordó su padre.

—Es la verdad, papá. Los demás que se marcharon han vuelto muertos.

—No se moleste, señor Arnold —comenzó a decir el doctor Badwell—. La señorita Jennifer nos. ha pedido que viniéramos para ver de encontrar una solución a lo que está ocurriendo aquí.

—Todos le miraban, sorprendidos, hasta el siempre sorprendido Joseph que no cenaba en la mesa y que permanecía sentado en una silla pegada a la pared, asintiendo a la cena pero sin participar en ella. Posiblemente, más tarde o más temprano, su madre tenía la paciencia de darle de comer.

—¿Es cierto eso, Jennifer? —preguntó el alcalde.

—Sí. Pienso que hay que hallar una solución que acabe con esa maldición

que está asesinando al pueblo.

La mujer del alcalde movió la cabeza, opinando:

—Eres muy buena, Jennifer.

—No lo conseguirás, nadie lo ha conseguido. Ningún bebé ha nacido aquí desde que murió aquel endemoniado de Peter Wolfset.

—Por favor, Griselda, no lo menciones, —pidió la madre.

—Lo que aquí ocurre ha de tener una o varias justificaciones y hay que desentrañar el misterio —les dijo el doctor Badwell, tajante.

—Imposible hacer nada, nos comimos las cenizas de nuestros muertos dentro del pan —dijo Griselda.

Aquel comentario produjo tales náuseas a la madre, que se tapó el rostro y se marchó, derribando un vaso sobre la mesa. El padre alargó su mano para propinar un sonoro bofetón a su hija al tiempo que gruñía:

—¿No dije que jamás se repitiera eso en esta casa?

Griselda, afrentada y dolorida, replicó:

—Puedes pegarme otra vez si quieres, pero es cierto. De nada sirve que nos callemos. ¿Hasta cuándo, hasta que todos vayamos al cementerio como dijo Peter Wolfset?

—¡Griselda! —La ira congestionaba el rostro del alcalde en aquellos momentos—. ¡Ve a tu cuarto!

Griselda, muy digna, se levantó. Dio un golpe con su servilleta y abandonó el salón comedor.

El resto de la cena transcurrió en silencio. La madre regresó y retiró el servicio; no se excusó, estaba muy pálida. El fuego ardía con fuerza en la chimenea-hogar.

Mientras, el doctor Badwell encendía su pipa y aceptaba una copa de un añejo coñac que le ofreció el alcalde Arnold.

—Jennifer me contó todo lo que sabe sobre lo que ocurrió aquí desde la aparición de ese extraño personaje que después de muerto desapareció. Soy un investigador de las cosas ocultas y baso mis investigaciones partiendo de la ciencia puesto que soy médico.

—Verá, doctor, no hemos querido dar nunca publicidad a lo que aquí aconteció.

—Porque se sienten ustedes responsables.

—Es cierto. Dimos un trato injusto al panadero, pero no somos culpables de habernos comido las cenizas de nuestros muertos, lo hicimos sin saberlo.

—Y nada hubiera ocurrido de no comunicarlo Peter Wolfset malignamente en su afán de venganza.

—Sí, todos deseamos que ese hombre esté en el mismísimo infierno.—¿Es cierto que su cadáver no ha aparecido jamás?

—No. Supongo que Jennifer le habrá contado que sepultamos su ataúd vacío. Fue una estupidez, pero creo que nos; dejamos arrastrar por el pánico. Cuando el miedo se apodera de una comunidad cerrada como la nuestra, es terrible, no deja razonar.

—Las muertes han sido todas naturales —observó David—. Quiero decir que algunas han sido violentas, pero han tenido su explicación.

—Todas, no —respondió el alcalde Arnold.

—¿Y qué ha dicho la policía? —preguntó el doctor Badwell.

—La policía ha investigado los casos violentos, y como dice el joven, siempre ha encontrado una causa más o menos natural. Quedarse quieto en medio de una nevada...

—¿Cómo le ocurrió al reverendo Schroiter? —preguntó David.

—Sí, y los suicidios no digamos. Dicen que tenemos mentalidad colectiva de suicidio y que lo mejor sería abandonar este pueblo, buscar otros lugares donde vivir.

—Sería lo más sensato, ¿no?

—Los que se han marchado, como ha dicho Griselda, han regresado dentro de un ataúd; no hay escapatoria. Creo que he perdido los nervios con mi hija en la mesa.

—Comprendemos su situación —le dijo David— y trataremos de ayudarles.

—¿Cómo?

—Ni nosotros mismos lo sabemos.

Un grito largo, agudo, que no semejaba humano, pudo oírse con claridad, pese a que puertas y ventanas se hallaban sólidamente cerradas.

Aquella voz cargada de terror había conseguido acuchillar la madera, el cristal, las mismísimas paredes y penetrar en las viviendas de la villa.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el doctor Badwell.

—Los gritos en la noche no son extraños en este pueblo —dijo el alcalde con fatal resignación.

David observó:

—Alguien puede estar pasándolo mal.

—Eso también encaja dentro de lo normal. Al día siguiente, todos vamos por el casino o el almacén para pasarnos una especie de revista. Si alguien falta, vamos a su casa para ver qué le ha ocurrido.

—¿Y si está muerto? —preguntó el doctor Badwell.

—El viejo doctor Evans certifica su muerte y damos sepultura al cadáver.

—¿Certifica su muerte siempre, sea el tipo de muerte que fuere?

—Sí, hace tiempo que dejamos de molestar a las autoridades. Todos sabemos a qué son debidas las muertes aquí y la policía nada puede hacer contra ellas.

Tengo miedo; por favor, ayúdame...

El grito largo, agudo, tornó a escucharse.

David Hitman, resuelto, se dirigió hacia la puerta.

—Voy a ver si puedo ayudar a quien grita.

CAPITULO IV

El doctor Badwell no tuvo interés aparente por salir de la casa, pero Jennifer sí quiso acompañar a David, alegando que ella conocía el pueblo.

David Hitman se dirigió a su automóvil para hacerse con una linterna. Hacía rato que había dejado de llover, pero todo estaba muy húmedo y la niebla se había alzado densa y fantasmagórica.

Pudo verla gracias a la luz de los faros, pues el pueblo no tenía en sus calles una sola farola iluminada. Todas estaban fundidas o las conexiones se hallaban cortadas.

Una sombra se aproximó.

—¡Otto!

—Señorita Jennifer...

—Hola, Otto —le saludó David—. ¿Has oído los gritos?

—Sí, estaba con las enanas, buscándoles acomodo, y cuando he oído el grito he salido a la calle y he estado atento.

—¿Ha oído el segundo? —le preguntó David.

—Sí, es en aquella dirección —señaló hacia su izquierda.

—Está bien, Otto. Siga aquí con las enanas, voy a ven qué ha sido.

Al echar a andar, David notó que una mano le apretaba el brazo con fuerza. Se volvió y apenas pudo ver el rostro de Jennifer.

—David, por allí está el cementerio.

—¿El cementerio, y qué?

—Tengo miedo, no puedo remediarlo.

—¿Hay alguna casa cerca del propio cementerio?

—Camino de él hay dos.

—Bien. Puedes quedarte en la casa de los Arnold, yo ya regresaré.

—No, no voy a dejarte solo; yo te he traído aquí.

—Ya te dije que no creo en fantasmas. Además, a mí no me afecta la maldición que cayó sobre este pueblo.

David echó a andar en la dirección que indicara Otto. Jennifer caminaba a su lado y la linterna trataba de rasgar la niebla que daba a todo un aspecto más fantasmal.

—A la derecha hay una casa.

—Vamos a ella.

Se acercaron a la puerta. Lo mismo que todas las del pueblo, estaba totalmente cerrada.

David no dudó en golpear con el aldabón, con tal fuerza que los golpes debieron oírse en toda la población.

—¿Hay alguien en esta casa? Responda, ¿hay alguien?

Después de insistir, sólo obtuvieron silencio.

—Aquí parece que no hay nadie, veamos la otra.

La segunda vivienda estaba una veintena de pasos distanciada. Todas

aquellas casas se parecían mucho unas a otras. David llamó también a la puerta con fuerza, iluminándola con la linterna, mientras Jennifer miraba en derredor.

—No hay nadie aquí.

—Regresemos.

—Espera...

Jennifer vio cómo el haz de luz se prolongaba a lo largo del camino, pero al hundirse en la niebla, la luz se expandía en todas direcciones.

—¿Dices que el cementerio está por aquí?

—Sí, pero...

—Regresa, me acercaré.

David Hitman avanzó con la linterna por delante. Había dado sólo unos pasos cuando volvieron a escuchar el espeluznante alarido, un grito que, más que helar, acuchillaba la sensibilidad de quien lo oía.

—David, está cerca.

—Sí, y parece salir de la garganta de una mujer. Vamos.

Llegaron a la puerta del cementerio. Apenas se veía el muro grisáceo del mismo.

—La puerta está abierta.

En efecto, una de las dos hojas de madera y hierro se hallaba abierta. David avanzó hacia ella.

—¿Qué vas a hacer?

—El grito viene de ahí dentro.

Jennifer comprendió que no lograría hacerlo retroceder.

Resultaba muy difícil ver el cementerio; la oscuridad de la noche, el cielo encapotado que ocultaba la luna, la densa niebla que encerrada entre los muros semejaba condensarse más que ninguna otra parte.

El cementerio tenía un abandono total, era como si alguien se entretuviera en destruirlo. Las lápidas estaban caídas, las losas rotas. Había fosas abiertas y no se veía ni una sola cruz entera. Todas se hallaban caídas y destruidas.

—¿Qué es esto?

—Es como si aquí hubiera habido un terremoto —observó Jennifer.

—¿Sabes dónde está sepultado tu padre?

—Lo ignoro. Y en este momento tampoco quiero saberlo.

Los elevados Cipreses semejaban gigantes amenazadores y los setos sin cuidar habían perdido sus líneas. La hierba crecía alta y feraz por todas partes.

Tengo miedo, tengo miedo; por favor, ayúdame...

—No encontraremos nada.

—El grito ha venido de aquí dentro y es posible que debido a la oscuridad no veamos nada. Puede estar oculto dentro de una de estas fosas.

Jennifer se acercó más al hombre, mirando con reparo los huecos negros junto a los cuales había montañas de tierra. Temía que en cualquier momento apareciesen unas manos, una cabeza.

—¡Ahí está!

Jennifer quedó como con un ahogo en la garganta. El haz de la linterna iluminaba la puerta de un panteón que era de plancha de hierro en su parte inferior para impedir el paso a las pequeñas alimañas y barrotes forjados de la mitad de la puerta hacia arriba.

Entre los barrotes, a la luz de la linterna, descubrió un rostro, era un rostro desencajado de mujer.

Sus cabellos eran blancos, con los ojos desorbitados por el terror, unos ojos sorprendidos por la luz que despedía la linterna de David Hitman.

—¿Qué le sucede? ¿No puede salir? —preguntó David, acercándose.

—Cuidado, parece una loca.

David se acercó a la puerta. Ella se mantenía con el rostro casi encajado entre los barrotes. David empujó la puerta y ésta comenzó a ceder, y hubiera cedido sin problemas si aquella mujer no hubiera estado detrás, cogida por la puerta.

—¡Cuidado, David! —chilló Jennifer.

David se hizo a un lado cuando el cuchillo de larga hoja caía sobre él, con la malsana intención de clavarse en su cuello.

—¡Ag!

La hoja de acero mordió su ropa, su carne. La vieja del cabello blanco volvió a chillar y estuvo a punto de asestar otra cuchillada a David, el cual logró apartarse a tiempo.

—¡Aaaaaah!

Como una exhalación, salió del panteón sin soltar el cuchillo. Jennifer se protegió tras un árbol; la luz de la linterna caída iluminaba hacia la parte alta del panteón, mientras la mujer de los cabellos blancos, con el cuchillo manchado de sangre, se perdía entre la densa niebla del cementerio.

—David, David, ¿cómo estás?

—Será mejor que regresemos.

—Dime, por favor, ¿te sientes mal?

—No, no, creo que sólo ha sido una cuchillada en sedal. Espero que no me haya seccionado ningún tendón o nervio.

Jennifer trató de ayudarle. Notó la sangre en su mano y sintió que se manchaba ligeramente.

—Salgamos de aquí. Mañana, con la luz del día, ya volveremos.

Jennifer se repuso al comprobar que David podía valerse perfectamente. Salieron del cementerio y caminando por la calle oscura, se dirigieron a la casa del alcalde Arnold. Justo en la plaza de la villa, David se estremeció.

—¿Te encuentras peor? —inquirió ella, angustiada.

—Creo que noto más el frío. Esta maldita niebla está helada.

Tengo miedo, por favor, ayúdame, ayúdame...

Al llegar a la casa, el doctor Badwell preguntó:

—¿Habéis encontrado algo?

—¡Dios mío! —exclamó la señora Arnold al ver la sangre.

—Muchacho, ¿qué ha ocurrido?

—Una extraña mujer me ha dado una cuchillada.

—Vamos, chaqueta fuera. ¿Pueden llamar a Otto que traiga mi maletín?

—No, no es grave, doctor Badwell —le atajó el propio David.

El alcalde, sombrío, inquirió:

—¿Quién es esa mujer?

—Una mujer como de cincuenta o sesenta años, con los cabellos blancos. Estaba como loca dentro de un panteón.

Cuando David ha querido ayudarla a salir, le ha dado la cuchillada y por poco le da una segunda.

—Debe de ser la señora Logan.

—Sí, no puede ser otra que ella —asintió la mujer del alcalde—. Vive sola y ya ha hecho cosas muy raras, creo que ha enloquecido.

—Habrá que recluirla —observó el doctor Badwell—. Es peligrosa. Menudo tajo, muchacho, menos mal que ha sido en sedal, aunque te va a quedar una cicatriz de por vida. Lo que importa ahora es que no se te infecte.

El alcalde Arnold, ceñudo, altamente preocupado por lo sucedido, había añadido leña al fuego de la chimenea.

—Sí, será mejor. Mañana iré a ver a la señora Logan y la encerraremos en su casa.

—Michael, si encerramos a la señora Logan en su casa, se va a morir de hambre; no podemos hacer eso.

—¿Y qué quieres, dejarla suelta para que vaya dando cuchilladas por ahí? Se ha vuelto loca y es peligrosa.

Marido y mujer, sintiéndose en cierto modo responsables de la situación, discutían.

—Pero ella no es culpable de su locura, no lo es. ¡Aquí nos volveremos todos locos, locos!

—Por favor, señora, el herido es el joven —observó el doctor Badwell.

—Doctor, ¿qué cree que podemos hacer? —inquirió el alcalde, casi suplicando ayuda.

—Creo que si tienen un médico aquí que todavía ejerza la medicina oficialmente, puede declarar loca peligrosa a esa mujer y la policía se encargará de ingresarla en un centro psiquiátrico por la vía legal.

—¡Un manicomio! —exclamó la esposa del alcalde, dejándose caer en una butaca mientras comenzaba a sollozar.

—No sé qué es peor, si vivir aquí o estar en un manicomio.

—¡Yo quiero irme del pueblo, quiero irme! —gritó de pronto Griselda, que había estado todo el tiempo en silencio y que afuera, cerca de la chimenea, veía la sangre en la espalda fuerte y joven de David Hitman.

—¿Irte, dónde? —le preguntó su padre.

—No lo sé, pero quiero irme aunque tenga que regresar en ataúd. Por lo menos ya no sentiré nada, nada.

La muchacha echó a correr y su madre se levantó de la butaca, visiblemente nerviosa.

—¡Griselda, hija!
—Todas las mujeres son unas histéricas —dijo el alcalde.
—No tema por su hija, ya se le pasará la crisis. Mañana será otro día, aunque mejor sería que se levantara la niebla y saliera el sol.
Jennifer pensó que la observación del doctor Badwell era acertada. Era preciso que en aquel maldito pueblo naciera el sol, que la luz lo iluminara todo. Dio media vuelta y se dirigió a la habitación que tenía que compartir con la muchacha.
Por favor, ayúdame, tengo miedo, ayúdame...
Griselda había cerrado la puerta. Jennifer tuvo que llamar con los nudillos.
—Por favor, ábreme.
Tardó unos instantes, que se hicieron eternos. Cuando ya estaba dispuesta a alejarse, Griselda abrió la puerta.
—Griselda, somos amigas, ¿no?
—Sí, sí.
Se echó hacia atrás para sentarse en una de las camas.
—¿Por qué has venido, Jennifer, por qué? Ha sido una locura.
—No pienso estar mucho tiempo.
—Ni yo tampoco. Ayúdame, déjame ir contigo. Si me quedo aquí, enloqueceré como la señora Logan, iré por el cementerio con un cuchillo en la mano para matar.
—No digas estupideces. La señora Logan es una mujer vieja que vive sola y en este pueblo la soledad enloquece, pero tú tienes una familia, una familia que te quiere y te protege.
—Tú no la tienes y vives mejor que yo.
—Es diferente. Además, yo también paso mis problemas. —Se sentó junto a ella amigable—. Mira, he venido aquí para ver de solucionar lo que ocurre.
—¿Solucionar, cómo? Nadie lo ha conseguido, ni la policía y todos lo han intentado.
—El doctor Badwell es como un mago. Además, lleva consigo a unas extrañas mujeres; quizá entre todos consigan conjurar la maldición.
—¿Conjurar la maldición? Imposible, nadie va a olvidar lo que ocurrió.
—Yo creo que el espíritu vengativo de Peter Wolfset está en este pueblo. Se trata de encontrarlo y conjurarlo.
—No me extrañaría que fuese cierto lo que dices. Hay quien asegura haberlo visto vagar por las calles, como una alimaña sedienta de sangre.
—Su venganza ha quedado más que colmada, no puede exigir más.
—¿Y se lo vas a decir tú?
—Si es necesario y puedo encontrarlo, sí.
—Jennifer —se ladeó mirándola muy fijamente—. Eres muy valiente.
—Lo seré todo por ti, que eres mi amiga.
—¿Por mí? —Griselda reflejó asombro en su cara.
—Sí, por tus cartas.
—¿Qué cartas?

—Las que me enviabas explicándome todo.

—¿Estás segura?

—Sí, claro, las tengo todas.

—¿Me las puedes mostrar?

Fue a su pequeño maletín, lo abrió y sacó un fajo de cartas, que mostró a Griselda.

—Estas son. ¿Es que ya no las recuerdas?

Griselda las examinó con atención.

—Yo no he escrito jamás estas cartas, tampoco es mi letra.

—¿Cómo que no? —Jennifer las tomó, asombrada, remirándolas—. Son tuyas, y yo te escribía a ti

—No, no es mi letra, y yo tampoco he recibido tus cartas. —Entonces, ¿quién ha sido el que las ha escrito, contándome todo lo que iba sucediendo en el pueblo?

CAPITULO V

David cerró los ojos tratando de dormir. El doctor Badwell, con una pequeña luz focal, estuvo leyendo legajos que le proporcionara el propio alcalde. David se dio cuenta de que el singular médico que tanta importancia daba a los fenómenos considerados al margen de la ciencia por indemostrables había comenzado ya a trabajar.

No consiguió dormir, pero tampoco quiso preocupar al doctor Badwell para que éste no llegara a pensar que el joven estudiante no dormía por su culpa. Podía haberle pedido un somnífero que a la vez hiciera de analgésico para mitigar el dolor de su espalda, aunque la herida había sido menos preocupante de lo que cabía suponer al ver la sangre que había manado de ella.

Un largo apósito, sujeto con cinta adhesiva, se la protegía y era lógico pensar que nada más le iba a ocurrir, a menos que se tropezara en su camino de nuevo con la enajenada que salía de su casa por la noche cuando todos sus convecinos cerraban y atrancaban puertas y ventanas.

Disimuladamente, miró su reloj en varias ocasiones, hubo unos momentos en que se amodorró. Al despertar, vio acostado al doctor Badwell y le pareció que dormía.

El tiempo se le hizo interminablemente largo. Ahora él estaba ya muy interesado en descubrir lo que ocurría en aquel maldito pueblo donde los suicidios y la locura menudeaban.

«Las siete», se dijo.

Casi furtivamente, se levantó. Poco más tarde, se enfrentaba con la puerta de la calle. La casa estaba tan silenciosa que aguzando el oído habría captado la respiración de los durmientes.

No podía decirse que fuera una hora muy temprana, pero en invierno el sol salía muy tarde y nadie allí parecía tener prisa en levantarse.

Abrió la puerta y salió a la calle, olvidándose de su herida. Notaba el apósito en su espalda, pero no era hombre para quedarse en la cama, lamentándose.

La oscuridad que reinaba en la calle impresionaba; sin embargo, no faltaría mucho para la amanecida, una amanecida que, posiblemente, se prolongaría por la niebla.

Cerró tras de sí y se aventuró con la linterna hacia la iglesia que se hallaba en la propia plaza. Había que rodear la gran fuente de cuatro caños y un pedestal en su centro que nada soportaba, una fuente a la que le faltaba algo.

En aquellos momentos, no se podía decir que la iglesia impresionara, entre otras cosas porque no la veía en toda su fachada debido a la niebla; mas, al acercarse, pudo comprobar que estaba construida en piedra y madera.

Debía de tener dos siglos o tres y la madera aguantaba bien, gruesos maderos negros por los aceites y barnices que se le habían aplicado para

aumentar su duración.

Tenía la impresión de que se iba a encontrar con la puerta cerrada, pero se equivocó. Nada más empujarla, ésta cedió chirriando sonoramente. La niebla no había entrado allí. Cerró tras de sí y la linterna iluminó ahora con más detalle.

Dentro de la iglesia se palpaba el abandono de años y años.

Los bancos estaban movidos, algunos volcados, el polvo se acumulaba por todas partes.

Los vecinos del pueblo habían dejado de acudir allí para celebrar sus oficios religiosos.

Ni en el pulpito ni junto al atril del predicador se veía cruz alguna. No podía decirse que en aquel recinto hubiera ningún símbolo religioso.

De pronto, oyó un cuchicheo inesperado. Había alguien allí, alguien que se amparaba en la oscuridad. Eran murmullos, risas contenidas.

—¿Quién hay ahí?

Escuchó pasos que en otra parte le hubieran pasado desapercibidos, pero en la soledad de aquella iglesia abandonada por sus fieles y en la que la cruz había sido arrancada y lanzada afuera, su percepción aumentaba.

—¿Quién es? —inquirió, una vez más.

El haz de luz descubrió unas pequeñas sombras que corrían hacia él. Le rodearon y no tardó en verse en el centro de un pequeño corro. Las cuatro brujas enanas canturrearon.

—Ah, sois vosotras —exclamó, dando un suspiro.

Ellas canturreaban algo que David Hitman no era capaz de comprender y supuso que era parte de una pequeña broma que le gastaban aquellas mujeres enanas, que, sin importarles la oscuridad, deseaban divertirse. Mas de pronto...

Se escuchó como un rumor que fue aumentando de tono hasta convertirse en un rugido, como si fuera parte de un huracán al pasar por un angosto cañón rocoso.

El rugido subió tantos decibelios que David tuvo que llevarse las manos a los oídos para tapárselos mientras las cuatro brujas enanas seguían danzando en torno suyo como si nada ocurriera cuando él creía enloquecer.

Algo le azotó el rostro y toda la cabeza, le sacudió los cabellos y casi le succionó como si tuviera la fuerza del ojo de un tornado.

Aquella fuerza inesperada que se había levantado del fondo de la iglesia salió por la puerta, desapareció como creando un vacío tras de sí. David sintió vértigo, se tambaleó y lo creyó debido a la debilidad causada por la cuchillada recibida horas antes.

Las cuatro brujas enanas rompieron el corro, pero unidas entre sí por las manos, como una serpiente ondulante, salieron de la iglesia mientras David Hitman continuaba aturdido, sin saber a ciencia cierta dónde estaba, si seguía de pie o si había caído al suelo.

De pronto, vio la linterna en su mano y la miró como si ésta fuera un ojo

luminoso. La apagó y se dirigió a la puerta. Salió; la niebla era menos densa y la claridad comenzaba a dejar entrever las siluetas fantasmagóricas de las edificaciones.

—¿Qué me ha ocurrido?

Como mareado, David Hitman llegó a preguntarse si realmente había entrado en la iglesia, si las cuatro brujas enanas le rodearon y si se había visto acosado por aquella fuerza extraña que tratara de absorberle.

—¡David, David!

La voz le llegaba entre la niebla. Era una voz amiga, acariciante, una voz que se preocupaba por él.

—¡Jennifer!

Tengo miedo, por favor, ayúdame.

CAPITULO VI

El doctor Evans era un hombre viejo y parecía serlo aún más de lo que realmente era. Caminaba renqueante. Tenía la mitad del cráneo limpio de cabello y torcía la boca hacia el lado izquierdo, posible secuela de una enfermedad grave.

—Hola, Michael —saludó al alcalde. Al ver al personaje que le acompañaba, preguntó—: ¿Traes visita?

—Se trata del doctor Badwell.

—Ah, un colega. ¿Viene a sucederme?

—No, doctor Evans, no tema, sólo estoy de paso, unos días quizás, acompañando a una hija de este pueblo.

—¿Y quién es esa chica?

—Jennifer —aclaró el alcalde.

—¿Jennifer, la hija del reverendo?

—Sí, la misma —ratificó el alcalde Arnold.

—Caramba, creí que no se atrevería a regresar jamás. Pero pasen, pasen, aunque sea de mañana, un buen coñac ayuda a mitigar este horrible frío.

Se acercó a un anticuado y largo buffet mientras gruñía y su voz se había casi ininteligible.

—Cuando llegué a este pueblo, pasé tanto frío que me dije que no pasaría aquí más que unos meses hasta encontrar otro sitio mejor; pero ya ven, pasó el tiempo y está visto que aquí se van a humedecer y helar mis huesos después de muerto. Se lo digo de veras, doctor Badwell, aquí la niebla traspasa hasta los muros. Si le piden que se quede, huya, huya como si aquí estuviera el diablo, que no se equivocaría.

—Me gustará mucho hablar largo rato con usted —le dijo el doctor Badwell.

—Si quiere aburrirse escuchando a un viejo colega...

—No, estoy seguro de que no me aburrirá.

—Doctor Evans, el doctor Badwell está muy interesado en averiguar lo que sucede aquí. Lo hace a petición de la señorita Jennifer.

—¿Averiguar lo que ocurre aquí? No pierda el tiempo, no lo va a conseguir. Este lugar está maldito y la maldición sólo desaparecerá cuando el último de los vecinos muera. ¿Le han contado ya que no ha habido ningún natalicio desde...?

—Sí, eso me han contado.

—Doctor Evans, antes de hablar, tenemos que solventar un problema que ha surgido esta noche.

—¿Un problema, dice? ¿Cuál, Michael?

—Se trata de la señora Logan.

—¿Qué le ocurre?

—Parece que esa pobre mujer ha enloquecido. Ya sé que no es el término

que yo debería emplear, pero...

—Comprendo. ¿Y qué puedo hacer yo?

—Certificar su locura y avisar a la justicia mientras Ja retenemos en una habitación para que no cause más problemas.

—¿Seguro que ha enloquecido?

—Esta noche pasada ha acuchillado a un joven que ha venido conmigo y no lo ha matado de milagro.

—¿Es grave? —preguntó con la copa de coñac en su mano. Ya había escanciado el licor en las otras dos copas.

—No, no es grave, ha sido una herida superficial. ¿No es cierto, doctor Badwell?

—Sí, pero esa mujer no puede ir por las calles con un cuchillo en la mano.

—Sí, sí, comprendo. ¿Quieren que vayamos a visitarla ahora? Puede que ya se le haya pasado la crisis.

—Sí, será mejor que vayamos ahora.

—Vamos pues —añadió el alcalde.

Poco más tarde, se enfrentaban con la casa de la señora Logan, que era la última del camino que conducía al cementerio.

Otto, que había estado dejando a punto el coche del doctor Badwell, les acompañó. La puerta de la vivienda estaba cerrada. El alcalde llamó dándole al grueso aldabón.

—Si se encuentra en una depresión neurótica, no abrirá la puerta —opinó el doctor Badwell.

—No podemos abrir la puerta sin un mandato judicial.

—Bueno, yo represento a la ley mientras no llega la policía —dijo el alcalde.

En aquel instante se escuchó como una sorda explosión, no fue fuerte. Los hombres se miraron entre sí y el doctor Badwell gritó entontes:

—¡Hay que derribar la puerta, dentro hay fuego!

Corroborando sus palabras, comenzó a salir humo por los resquicios de la puerta. Bruscamente, los cristales de una ventana alta estallaron y por ella escapó un humo denso y fuego.

—¡Otto, vamos a por ella! —exigió el doctor Badwell.

Golpearon la puerta entre todos, pero ésta se resistía. El humo salía ya por diversas ventanas.

Intentaron entrar por una de ellas, pero fue totalmente imposible. El fuego y el humo brotaban por los huecos de la edificación como si fueran salidas de un horno y el incendio fue tomando incremento.

Gritos, casi aullidos de mujer, se pudieron escuchar con toda claridad.

—¿Qué hacemos? —preguntó el alcalde mirando al doctor Badwell como buscando en él una solución mientras, atraídos por los gritos, el humo y el fuego, otros vecinos del pueblo se acercaban despacio, temerosos, como conscientes de su impotencia frente a una nueva tragedia.

—Creo que nada se puede hacer. Han debido de volcar un bidón de

gasolina y eso ha provocado la explosión.

Todos se echaron atrás, empujados por el excesivo calor. El humo, ahora intenso, se elevaba hacia el cielo y la niebla desaparecía en los alrededores.

Nadie hizo el menor gesto por buscar un cubo de agua; era como si todos hubieran cobrado conciencia de que ya nada se podía hacer por la vivienda de los Logan.

A nadie pareció sorprenderle aquella tragedia, ni siquiera hubo cuchicheos. Todos miraban el fuego que brotaba por las ventanas como algo contra lo que no podían luchar.

Su postura era fatalista.

La puerta de la casa se abrió cuando el techo se hundió después de arder todo el vigamen de sostén.

—Creo que ya es inútil pensar en lo que se puede hacer con la señora Logan —murmuró el viejo doctor Evans.

El doctor Badwell inquirió:

—¿Cómo justificarán esta muerte?

—Muerte por insuficiencia respiratoria. No creo que haga falta que la ley venga aquí. ¿Qué le parece, Michael?

—Hágalo como hasta ahora, doctor Evans, como hasta ahora.

Todos observaban a distancia la casa siniestrada, el fuego no había pasado a otras viviendas. Las paredes estaban caídas y el calor había secado hasta el camino. No lejos quedaba el muro del cementerio que ahora se veía con claridad.

—¿Nadie buscará los restos de esa desgraciada? —preguntó Jennifer.

—Cuando ya no haya calor en la casa, buscaremos para enterrar lo que se pueda, aunque por la forma en que ha ardido, es posible que sólo queden cenizas entre las cuales será imposible separar las de la señora Logan.

—¡David! —interpeló el alto y elegante doctor Badwell.

—Sí, doctor Badwell.

—¿Puedes acompañarme o te encuentras muy mal?

David Hitman se excusó con los demás y salió acompañando al doctor Badwell, que anduvo hacia la casa propiedad de Jennifer por herencia de su padre.

—¿Qué opina, doctor?

—Que la gente de este lugar acepta su fatal destino con resignación y los que no pueden soportarlo, enloquecen. Esa desgraciada señora Logan ha sido una muy buena prueba de ello.

—Sí, ha sido horrible. Yo no le deseaba ese fin.

—Lógico, pero ella, en su locura, quizá llegó a creer que te había asesinado.

—¿Piensa que ha sido un suicidio?

—Seguro, el suicidio de una enajenada mental.

—En realidad, todos buscan su propia muerte de una forma u otra. ¿No es cierto, doctor Badwell?

—Sí, eso parece.

Entraron en la casa.

Las cuatro brujas enanas se hallaban junto a la chimenea encendida, pues Otto se había ocupado de ello. Se había preparado una habitación en aquella casa para no tener que convivir con el hijo cretino de los Arnold.

—Esta mañana las he visto. ¿Se lo han contado?

—Sí, ellas me lo han dicho.

—¿Qué hacían agazapadas dentro de la iglesia?

—Estas brujas enanas tienen una sensibilidad especial, han vivido mucho, ya te lo dije. Su aspecto es entre grotesco, horrible y fascinante. Temes que en cualquier momento te llenen de horribles maldiciones que luego vayan a cumplirse; sin embargo, no son malignas, aunque no sería yo quien pusiera las manos en el fuego por su honorabilidad.

—Usted cree en ellas, ¿verdad?

—Y tú también deberías creer.

—¿Y por qué?

—Ellas te han ayudado esta mañana.

—¿Ayudado? —se asombró David.

—¿No han hecho un corro a tu alrededor, danzando?

—Sí.

—¿No has notado nada extraño?

—Sí, claro que sí, de eso quería hablarte; pero los sucesos de la señora Logan no me han dejado tiempo.

—Muchacho, esa iglesia debe estar maldita. Quizá lo está desde que el reverendo Schroiter murió y creo que debió ser él quien sacó la cruz de ahí dentro por alguna causa. No nos podrá contar jamás lo que ocurrió, pero debió ser horrible para él, muy horrible.

—¿Está tratando de decirme que dentro de la iglesia hay algo maligno?

—Lo había, David, y ellas se dieron perfecta cuenta de que había algo.

—Entonces, ¿rodeándome, lo que hicieron fue protegerme?

—Sí, canturreando sus invocaciones herméticas para nosotros, te protegieron.

—Y eso maligno, ¿por qué no las atacó a ellas?

—Porque ellas saben protegerse o quizá eso maligno las esquivó, temiendo que ellas le hicieran frente, no lo sé bien. Después de todo, en ciertas cosas, ellas son muy herméticas, ni siquiera a mí me cuentan sus secretos.

—¿De modo que usted cree que hay algo maligno pero real, tangible, aquí?

El doctor Badwell asintió.

—Algo que influye con mucha fuerza y que obliga a sus víctimas a morir de una forma u otra.

—Entonces, la solución sería que las víctimas le hicieran frente sin miedo.

—Imposible, es demasiado fuerte. Se impone, provoca el pánico y la locura. Tú has estado protegido por las brujas enanas, pero quizá no lo hubieras pasado muy bien de hallarte solo.

David suspiró y admitió:

—Es cierto, he sufrido mareo y diría que hasta una locura o pánico momentáneo. No sé cómo explicarlo, pero fuera lo que fuese, rugía de una forma como no he oído rugir jamás.

—Todos somos débiles frente a eso que hemos dado en llamar maligno y que las brujas enanas han descubierto.

—¡Escuchadme! —Exigió David, encarándose con las brujas enanas, que, teniendo el fuego de la chimenea como fondo, se volvieron hacia ellos—. ¿Lo habéis visto?

—¡Sí! —fue la respuesta unánime.

—¿Qué podemos hacer?

—¡Seguirle! —respondieron, de nuevo al unísono.

—¿Seguirle, adónde?

—A su morada.

—¿Para qué? —preguntó ahora el doctor Badwell.

—Para sorprenderle.

—¿Creéis que es un ser materializable?

—Sí, es cuerpo y espíritu.

—¿Y cómo creéis que podemos sorprenderle?

—Siguiéndole.

—Pero ¿cómo se le puede seguir cuando está en forma de espíritu?

—Sólo otro espíritu puede seguirle.

—¿Y de dónde sacamos ese espíritu bueno?

Ellas, en vez de responder, se echaron a reír. Sus risas cascadas resultaron irritantes.

—Bien, ya sabemos algo más —suspiró Badwell.

—Doctor, usted que es un científico, ¿cree que esto es serio?

—Sí, aunque te parezca increíble, es serio, pero no es demostrable y por ello lo rechaza la ciencia.

—Si no he oído mal, ellas dicen que hemos de buscar un espíritu que siga a ese otro espíritu maligno para saber en qué lugar suele refugiarse.

—Exactamente. Es obvio que la morada de ese espíritu es el cuerpo de Peter Wolfset, un cuerpo que desapareció y jamás volvió a encontrarse, un cuerpo que debe estar en alguna parte mientras su espíritu se despega de él para provocar la locura y el pánico entre sus víctimas.

—Creyendo en muchas fantasías, podría llegar a imaginar que existe un cuerpo en alguna parte, un cadáver.

—Un cadáver viviente —le objetó el doctor Badwell—.; Un cadáver viviente del que se desprende el espíritu que somete y aterroriza a esta pequeña población.

—¿Y los qué se van de aquí?

—Los persigue hasta provocarles la muerte. Una distracción mientras se conduce, una caída estúpida, una imprudencia temeraria sea de la clase que sea. Un espíritu no tiene límites de traslación en el espacio y cuando alguien

intenta marchar de aquí, lo persigue para que regrese muerto. Eso causa una completa desmoralización entre la gente del pueblo y piensan que no hay forma de escapar, que deben aceptar la fatalidad de su destino.

—¿Y por qué esa sed implacable de venganza?

—Lo ignoro. Les hizo tragar las cenizas de sus muertos mezcladas con la harina del pan. Eso debió de ser suficiente venganza, pero parece que no. El busca la muerte de todos.

— Bueno, aceptemos que ese ser muerto y vivo al mismo tiempo, suponiendo que realmente hubiera muerto en su día, porque pudo haber una confusión, tenga una sed de venganza insaciable. ¿De dónde sacamos un espíritu bueno que le siga hasta descubrir su morada?

—Sí, ése es nuestro problema más grave.

— Yo diría que es un problema insoluble. No se encuentra un espíritu bueno por ahí como quien compra naranjas o chocolatinas.

—Podríamos recurrir a una médium.

—¿Una sesión de espiritismo?

El doctor Badwell asintió.

—Sé que no crees en el espiritismo; sin embargo, es una posibilidad que hay que utilizar.

—Suponiendo que llegara a celebrar una sesión de espiritismo, ¿cree que el espíritu del muerto que pudiera presentarse se ofrecería a seguir al espíritu maligno de Peter Wolfset?

—No lo sé; sin embargo, se me acaba de ocurrir otra idea.

—¿Cuál?

—Mejor no te la cuento ahora. Es posible que no sirva, he de consultar antes.

—Mientras usted consulta, ¿por qué no hacemos otra cosa más sencilla?

—¿Más sencilla?

—Sí. Usted cree en el cuerpo muerto-viviente de Peter Wolfset debe permanecer escondido en alguna parte.

—Así es.

—Y que la solución consistiría en encontrarlo, como si fuera un vampiro de película.

—Más o menos. Después de todo, los vampiros son muertos vivientes.

—Yo no creo en más vampiros que en los quirópteros hematófagos que viven en Brasil.

Aquella tarde, mientras el desaliento seguía incrustado en las entrañas de los vecinos del pueblo, David Hitman propuso a Jennifer dar un paseo antes de que se hiciera de noche y se levantara la densa niebla.

—Será mejor que te acuestes, David.

—¿Lo dices por la herida?

—Sí, claro.

—No temas, es leve.

—¿Llamas leve al tajo que yo te vi en la espalda?

—Paseemos, ¿quieres?

—Está bien, pero llevémonos los impermeables; puede ponerse a llover en cualquier momento o a nevar, aún no ha caído la primera nevada de este invierno y la primera nevada suele ser la más temible.

—Esperemos que no nos pille estando al descubierto y, la verdad, no me extrañaría que nevase.

—¿Te has convencido de que este lugar es horrible?

—Si la actitud de los vecinos cambiara, podría ser mucho mejor.

—¿Cómo va a cambiar después de lo sucedido? Has visto el incendio y nadie se preocupa de encontrar los restos de la señora Logan.

—Esperan a que los rescoldos se enfríen totalmente. Después de todo, ya nada se puede hacer por ella. Por cierto, la teoría del doctor Badwell es la de que Peter Wolfset es un muerto viviente cuyo espíritu se desprende del cuerpo físico para vengarse enloqueciendo a sus víctimas y luego regresa al cadáver que es su morada.

—Sí, yo también pienso lo mismo.

—En ese caso, habría que buscar el cadáver, ¿no?

—Es muy difícil.

—¿Y utilizando perros?

—Creo que lo buscaron hace años, cuando desapareció el cadáver del ataúd.

—El doctor Badwell propone que sea encontrado ese cadáver mediante un espíritu amigo.

—No lo entiendo.

—Parece ser que hay que invocar a un espíritu para que siga al espíritu o fantasma maligno de Peter Wolfset y descubra así dónde se guarece, es decir, dónde está el cadáver y que luego nos lo cuente para que nosotros lo encontremos y terminemos de una vez con esta pesadilla.

—¿Crees que se puede pedir a otro espíritu semejante favor?

—Yo no lo creo, es más, no sé qué creer. Me temo que me estoy dejando influenciar por este ambiente, mi escepticismo se resquebraja. ¿Sabes lo que me ha ocurrido esta mañana, justo en la amanecida?

—No.

David se lo contó. Jennifer quedó entre sorprendida y meditabunda.

—¿Ves como es cierto? Sería la hora del regreso a su morada.

Mientras hablaban, salieron de la población, rodeándola. Subieron por una alameda que ascendía por la colina, bordeando un camino lleno de hierbajos.

—Creo que la idea del doctor Badwell es provocar una sesión de espiritismo.

—¿Para invocar al espíritu de un muerto?

—Eso parece. Yo no creo en el espiritismo.

—¿Y el doctor Badwell?

—El dice que siempre existe la posibilidad de lo inesperado.

—Eso quiere decir que cree.

—Cuando alguien se dedica a las ciencias ocultas, siempre aparece lo desconocido. Nuestra civilización pretende saberlo todo y reducirlo a unas matemáticas donde los números cuadren. Einstein era un gran matemático, pero todo no cuadra. Dos y dos no son siempre cuatro ni dos líneas paralelas permanecen eternamente separadas y así, muchas cosas más. El estudio de la muerte humana suscita auténticos problemas que, hoy por hoy, parecen insolubles. Por lo que se deduce de algunos fenómenos que se registran, somos capaces de hacer muchas más cosas de las que podemos imaginar. Según los libros que me ha prestado el doctor Badwell para que vaya leyendo, si un ser humano empleara su cerebro al cincuenta por ciento de su capacidad, fíjate bien, sólo al cincuenta por ciento, sería un semidiós frente al resto de la humanidad.

—¿Y acaso sería un dios si empleara el cien por cien?

—No, eso tampoco lo creo, pero sí que estaría por encima de los demás. Por cierto, ¿adónde conduce este camino?

—A unas ruinas olvidadas, dicen que fueron un castillo.

—¿Unas ruinas dices?

—Sí, muy antiguas.

—Será interesante verlas.

—No creas, no vas a descubrir nada importante, sólo árboles y algunas piedras sueltas aquí y allá. Muchas de las actuales casas del pueblo se construyeron con bloques de piedra de estas ruinas, también los cimientos y los zócalos de la iglesia. Era una forma de obtener piedra buena, dura y tallada para construir.

—¿No fue eso una aberración?

—No, creo que no. Debió ser un castillo que en sucesivas guerras quedó arrasado. Posiblemente, aquí también se debieron de registrar seísmos que derribaron lo poco que aún quedaba.

—Entre las fortalezas del tiempo de los romanos, los castillos godos, los de la edad media baja y los de la edad media alta, se llegaron a levantar montones de fortalezas y castillos. Puede decirse que cada pueblo con más de seis o siete siglos de historia cuenta con un castillo como mínimo, aunque éste se halle en ruinas.

—Lo bonito sería poseer un castillo con murallas y altas almenas. Los castillos siempre tienen algo de encantador.

—¿Ibas a las ruinas en tu niñez?

—Poco, los niños solían ir más.

Llegaron a lo alto de la colina donde abundaban los robles. La hierba crecía abundante gracias a la humedad constante que por allí había.

—¿Tardaremos mucho en llegar?

—No, ya estás.

David miró a su alrededor. Arboles, hierbas, arbustos bajos.

—¿Dónde están las ruinas?

—Fíjate en las piedras que quedan, son las menos rectas porque las

mejores fueron empleadas en las construcción de las sucesivas casas del pueblo.

David se salió del camino y anduvo sobre la hierba. Se acercó a una de las piedras y se sentó en ella.

—¿Decepcionado?

—Sí, esperaba algo más, aquí no hay nada. Nadie diría que en este bosquecillo que hay sobre la colina pudo existir un castillo tiempo ha.

—Aquellos árboles debían de tener ya más de cien años; algunos de ellos, quizá doscientos, por lo que el arrasamiento de la antiquísima fortaleza debió llevarse a cabo varios siglos antes, por lo menos tres o cuatro.

—Este será un buen lugar para cazar.

—Sí. Aquí, además de conejos, se han cazado zorros, jabalíes, varios lobos y dos osos, pero de ello hace mucho tiempo.

—¿Crees que es tiempo de que bajen los lobos hasta aquí?

—No, no es tiempo aún. Bajan cuando el invierno se alarga y en las altas montañas no encuentran que cazar, aunque tampoco sería nada raro que apareciera alguno. Es lo que siempre nos decían nuestros padres para que no nos alejáramos demasiado.

—Bien, podemos regresar. —Se levantó de la piedra húmeda y fría—. ¿Crees que los vecinos del lugar, si les propusiéramos salir a rastrear en busca del cadáver de Peter Wolfset, colaborarían?

Jennifer movió la cabeza negativamente.

—No, no lo creo.

—¿Miedo?

—Seguro.

David le pasó la mano por la cintura y comenzaron a deshacer el camino andado. La alameda se abría umbría a ambos lados del sendero.

—David...

—¿Sí?

Seguían andando como dos enamorados que eran. El pequeño pueblo se desparramaba frente a ellos, por debajo de sus miradas. Podían ver muy bien sus chimeneas, sus tejados. Todo era oscuro y triste en aquel lugar.

Tengo miedo, por favor, ayúdame, ayúdame...

—Me han estado escribiendo cartas explicándome la vida del pueblo, los tristes sucesos acaecidos.

—Sí, ya me lo contaste.

—¿Te dije que me las escribía Griselda?

—No exactamente.

—Bueno, pues yo creía que me las escribía Griselda pues así iban firmadas; es más, yo le respondía a ella.

—¿Y...?

—Pues que Griselda niega haberlas escrito.

—Quizá no quiera confesarlo.

—No, no, dice que ni siquiera es su letra.

—Entonces, ¿quién te las escribió y quién recogió las que tú mandabas?
—Esa es la pregunta que yo me hago y no encuentro la respuesta.

CAPITULO VII

—¿Qué raro, no está mi coche —observó David al llegar a la plaza del pueblo.

—¿Lo habrá movido Otto? —preguntó Jennifer. Alzó su mirada al cielo, comenzaban a caer los primeros copos de nieve, unos finos y casi imperceptibles.

—Iré a ver; pero es muy raro, tenía las llaves en la habitación.

—Me quedo en la casa del alcalde.

—Bien, ahora vendré, voy a ver a Otto.

David se dirigió a la casa de Jennifer donde se alojaban las brujas enanas, a las cuales el doctor Badwell había aconsejado no se dejaran ver por el pueblo, teniendo en cuenta el ambiente enrarecido que allí reinaba.

—¡Otto, Otto!

Las brujas cuchichearon entre ellas. Al fin apareció Otto, que era un gigante frente a las brujas enanas.

—¿Sucede algo?

—Otto, ¿ha movido mi coche?

—¿Yo? No; si no tengo las llaves.

—¿De veras no ha movido mi coche? —insistió David.

—No, hace unos pocos minutos que lo he visto alejarse desde la ventana. Creí que se había marchado usted a dar una vuelta por los alrededores.

—Pues no es así.

—Entonces, es que le han robado el coche.

—Qué extraño resulta un robo de esa clase en un pueblo como éste... ¿Seguro que lo ha visto alejarse?

—Sí, claro. He supuesto que usted iba dentro, aunque lo cierto es que no le he visto.

—¿Quién ha podido ser? ¿Ha visto al doctor Badwell?

—Debe estar visitando el cementerio.

—¿A estas horas?

—Sí.

—¿Y usted no le acompaña?

—No, si estoy aquí es que no le acompaño.

—Sí, claro.

—El doctor Badwell prefería ir solo, él no tiene miedo. Lo he visto muchas veces recorriendo criptas, tumbas, panteones. Es un gran investigador y yo le debo la vida.

—No lo sabía.

—Mi corazón se paró, yo estaba muerto ya. Descendí a los infiernos por el túnel de lo desconocido, vi el fuego, vi la eternidad, nada sentía pero me horroricé. Algo me atrapó por la espalda y me hizo regresar. Estuve al otro lado del túnel de la muerte, para mí ya era la eternidad. Por el doctor Badwell

haré lo que sea —siguió diciendo con rotundo acento germánico—. Me he reformado, no soy ni el reflejo de lo que era antes. No tengo vicios, no soy un canalla. Cuando vuelva a morir, espero no ver el infierno otra vez.

Por favor, ayúdame, tengo miedo, tengo miedo...

—Bien, voy a ver qué ha sido de mi coche.

David Hitman se alejó de la casa del reverendo Schroiter, una casa que en sí misma carecía de valor, ya que no había quien la comprara. Aquel pueblo estaba maldito.

Aún no había anochecido, lo que significaba que las gentes no habían atrancado las puertas y ventanas, aislándose del exterior, encastillándose en sus hogares para no enfrentarse con el maligno espíritu que vagaba libre por aquel lugar, sediento de venganza.

Entró en la casa del alcalde y nada más hacerlo, Jennifer corrió hacia él. Había temor en sus ojos.

—¡David, David!

—¿Qué?

—¡Griselda ha desaparecido!

—¿Griselda?

—Sí, su madre se ha puesto enferma. El alcalde Arnold ha ido en busca del doctor Evans, no sabe dónde está el doctor Badwell.

—Yo sí sé dónde está, en el cementerio.

—No se lo digas a la familia, sería peor. Están los ánimos muy excitados.

—Ahora iré a buscar al doctor Badwell, pero antes quiero asegurarme.

—¿De qué?

—Las llaves del coche.

Se apartó de Jennifer y corrió hasta su habitación, allí no estaban sus llaves. Regresó junto a la muchacha y dijo:

—Griselda se ha llevado mi coche.

—¿Tu coche?

—Sí, supongo que sabría conducir.

—Su madre dice que se ha llevado un maletín con joyas y dinero.

—¿Dinero?

—Sí, todo el dinero que había en la casa.

—Diablos, el alcalde se habrá puesto furioso.

—Si la coge en este momento, creo que la mata a bastonazos, pero estoy seguro de que se calmará y lo que deseará es que no le ocurra nada.

—Por si acaso, habrá que ir en su busca; el coche tenía poca gasolina y el indicador no funciona muy bien.

—¿Crees que podrá llegar hasta la primera gasolinera?

—Yo tenía calculado llegar, pero como ella ignora que el indicador no va muy bien, puede pasarse y quedarse sin gasolina a mitad de camino entre un poste y otro.

Jennifer, preocupada, se tapó la boca. Tenía deseos de gritar, pero cobró conciencia de que debía reponerse. La señora Arnold necesitaba ayuda, era

como si los acontecimientos se precipitaran con su llegada al pueblo.

David, en el primer momento, pensó en ir a buscar al doctor Badwell, mas luego se dijo que, después de todo, era Otto quien tenía las llaves del otro vehículo. Regresó a su casa de Schroiter y llamó:

—¡Otto, Otto!

—¿Ha encontrado su coche?

—No, pero sé que se lo ha llevado Griselda, la hija del alcalde. Debemos salir tras de ella, de lo contrario se quedará en la carretera y está nevando.

—Sí, habrá que ir tras ella; pero yo no puedo sacar el coche de aquí si no me lo ordena el doctor Badwell.

—¡Vamos, cabeza cuadrada! —espetó, impaciente—. ¡Si no quiere venir, déme las llaves!

—Por favor, no se moleste, pero el coche es del doctor Badwell. No costará nada ir en su búsqueda y preguntarle. ¿Le parece bien?

—De acuerdo, pero que sea rápido.

—En seguida.

Otto tomó su impermeable y su paraguas. Salió de la casa cerrando la puerta y dejando a las cuatro brujas enanas al calor de la chimenea en la que también buscara calor en vida el reverendo Schroiter, un hombre que se habría aterrorizado ante aquellas diminutas mujerucas que cuchicheaban y reían, que decían cosas ininteligibles que a él le habrían sonado a herejías.

Otto no conducía rápido, pero sí con seguridad. Enfiló por el angosto camino que llevaba al cementerio mientras los copos de nieve se hacían más gruesos e intensos.

Nada más llegar frente al cementerio, vieron aparecer al doctor Badwell protegido con un paraguas. Acababa de guardar un bloc en el que debía haber estado tomando notas.

—Hombre, Otto, llegas oportunamente. Parece que la nevada será densa.

—Doctor, parece que ocurre algo grave —le dijo Otto.

El doctor Badwell miró a David interrogante y éste replicó:

—Griselda, la hija del alcalde, ha huido de su casa utilizando mi coche, tras hurtar las llaves y se ha llevado las joyas y el dinero de los Arnold. Su madre creo que está con una crisis nerviosa y el padre, como no sabía dónde estaba usted, ha ido en busca del doctor Evans.

—Vaya, sí que es una mala noticia.

—Doctor Badwell, mi coche tiene poca gasolina y el indicador no funcionaba bien.

—Si me lo hubiera dicho, yo hubiera tratado de arreglar esa avería —terció Otto.

—Si la chica se queda en la carretera sin gasolina y nevando, puede ocurrir lo peor. Le he pedido a Otto que fuéramos en su busca.

—Doctor, yo esperaba que me diera usted la orden.

—Adelante, Otto, y rápido.

—Lo que usted mande, doctor —asintió Otto.

Maniobró dando la vuelta al amplísimo y lujoso automóvil, lo que resultaba particularmente difícil en aquel lugar mientras la nieve caía sobre ellos.

Otto regresó a su pueblo, lo cruzó y salió de él en pos de la fugitiva. Otto cumplía las órdenes del doctor Badwell fueran las que fuesen; por ello, pese a la situación arriesgada, pisó fuerte el acelerador.

El automóvil, mimado y cuidado en todos los detalles, respondía perfectamente mientras el limpiaparabrisas trataba de abrirse paso entre los copos de nieve contra los cuales se estrellaban las luces de los faros.

Otto demostró que también sabía conducir y rápido, sin nervios, sujetando el volante con firmeza mientras los neumáticos rodaban sobre una nieve recién caída que no crujía aún.

—Espero que podamos regresar —observó el doctor Badwell.

—Y yo espero que esa muchacha sepa conducir un poco y no sólo lo que le enseñaron para sacarse el carnet.

—Ahí veo un coche —señaló Otto.

—Acérquese —le pidió David Hitman.

El vehículo se hallaba fuera de la carretera. Había rebasado el margen y se había metido un poco en un socavón.

—¿Es el suyo?

—Sí.

Otto detuvo el auto junto a la cuneta. David saltó al suelo y tras él lo hizo el doctor Badwell, que le siguió hasta el coche cuya portezuela estaba abierta. Las llaves estaban en el contacto y David las quitó.

—¿Sin gasolina?

—Creo que todavía queda. La chica ha patinado por causa de la nieve; habrá tratado de sacarlo de aquí y, al no poder, ha decidido marchar a pie.

—Pues de haber intentado regresar al pueblo nos la habríamos encontrado por el camino.

—Habrá seguido adelante, quizá esperando hacer autostop, aunque con esta nevada serán pocos los que se aventuren a salir a la carretera.

Otto se apeó y con una cadena sujetó la argolla de remolque del coche que conducía. El otro extremo lo sujetó al coche de David y le dijo:

—Ayude usted un poco con su motor y lo sacaremos de aquí. De lo contrario, no lo va a sacar hasta la primavera.

El doctor Badwell regresó al interior del coche grande y David se acomodó frente al volante del suyo, poniéndolo en marcha mientras Otto hacía lo mismo para halar del utilitario.

Este también, con marcha atrás, ayudó. Las ruedas patinaron, silbaron como le habría ocurrido a Griselda al intentar sacarlo de aquel lugar, pero la fuerza del vehículo alemán sirvió de mucho al pequeño coche que fue remolcado en parte.

Sus ruedas consiguieron agarrarse mejor al suelo donde había matas ya sin hojas, y en medio del fuerte ronquido de los dos automóviles, salió a la

carretera.

David lo estacionó en la cuneta, de forma que pudiera sacarlo de allí cuando le interesara. Después quitó las llaves y cerró bien.

Tomó un bidoncito de plástico de diez litros y pasó al coche grande.

—Si vemos una gasolinera lo llenaré y tendré gasolina más que suficiente.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Otto, tras guardar la cadena de arrastre que había servido para ayudar a rescatar al coche de David Hitman.

—Hay que seguir buscando a la muchacha.

El auto reanudó la marcha, ahora más lentamente. La nevada continuaba siendo intensa y circular con automóvil era peligrosísimo.

Tengo miedo; por favor, ayúdame...

—¿Hasta dónde habrá llegado esa desgraciada? —preguntó el doctor Badwell.

—Creo que veo algo —dijo Otto, frenando el coche que patinó un poco sobre la nieve que en la carretera ya rebasaba los treinta centímetros de altura.

Resultaba difícil determinar dónde comenzaba la cinta asfáltica y dónde se hallaba la cuneta, lo que implicaba muchos riesgos.

Otto saltó del coche y David hizo lo mismo, hundiéndose en la nieve en polvo.

Frente al auto había una silueta buena parte cubierta por la nieve. Su mano crispada agarraba la maleta.

—¡Es la chica! —exclamó David.

A zarpazos, David fue liberando de nieve los brazos de la muchacha. A su lado, de pie, el doctor Badwell observó con voz grave y pesimista:

—Desgraciadamente ha quedado boca abajo.

Griselda estaba rígida, más por la baja temperatura que por el rigor mortis. Había quedado prácticamente sumergida en la nieve. La rescataron y al examinarla a la luz de los faros, la vieron pálida, quizá sería más adecuado decir, blanco grisácea, con los ojos abiertos y ya vidriosos.

—Ha muerto —dijo el doctor Badwell.

—¿Qué hacemos ahora?

A la pregunta de Otto, el doctor Badwell dijo:

—Saca la manta, la envolveremos con ella. Hay que regresar pronto o no podremos movernos de aquí. El coche no va a poder con un espesor de metro y medio de nieve y eso no tardará en ocurrir al ritmo que nieva.

Envolvieron a la muchacha en la manta y la colocaron en el asiento posterior.

El doctor Badwell trató de cerrar los ojos y no lo consiguió, los párpados se negaban a ser cerrados.

Otto logró dar la vuelta en el reducido espacio. Más que rodar, semejaba nadar sobre la nieve. Había momentos en que una de las ruedas giraba en el aire sin llegar a un lugar firme donde apoyarse y ejercer tracción.

Mas, Otto demostró ser un magnífico conductor y, avanzó sobre la nieve que lo cubría todo a través de los copos que dificultaban la visión. No

obstante, en varias ocasiones temieron salirse de la carretera. El automóvil parecía negarse a ser controlado.

—El disgusto de los padres será terrible —opinó David mientras el lujoso y sólido automóvil del doctor Badwell avanzaba de regreso al pueblo. Otro coche en sus circunstancias, no lo habría conseguido, por lo menos hasta que una máquina quitanieves limpiara la carretera.

Cuando arribaron al pueblo, las casas estaban ya sólidamente cerradas como cada noche, máxime entonces que caía aquella terrible nevada que todo lo blanqueaba.

Tocaron varios claxonazos para que la familia abriera la puerta de la casa y así sucedió. Jennifer y el alcalde salieron a recibirles. El doctor Badwell se colocó frente al alcalde y le puso una mano en el hombro.

—Lo siento, hemos llegado tarde.

—¿Muerta?

—Desgraciadamente, sí. ¿Dónde la colocamos?

—En su habitación. Voy a verla.

—Espere, la entraremos...

Entre Otto y David la sacaron del coche envuelta en la manta. La señora Arnold seguía en la cama, postrada bajo los efectos de un fuerte sedante que le administrara el doctor Evans.

—¿Cómo ha sido? —preguntó el alcalde.

—Asfixia —le respondió el doctor Badwell—. Ha caído contra la nieve y no ha tenido fuerzas para recuperarse.

—¿No ha sido la muerte helada?

—No, tenía los ojos abiertos. Ha sido una asfixia rápida, ella ni se ha debatido.

Pasaron con el cuerpo de la joven. El doctor Badwell regresó al coche para recoger la maleta que llevaba Griselda y se la entregó a su padre.

—Llevaba esto.

El alcalde, moralmente hundido, asintió con la cabeza.

Toda la cólera experimentada al enterarse de la fuga de su hija se había disipado, ahora era un hombre derrotado. Caminaba como un sonámbulo, sin saber exactamente qué era lo que debía hacer.

Desde un rincón de la sala, sentado en una silla, su hijo Joseph, con los ojos y la boca siempre muy abiertos, babeante, le miraba con fijeza.

—Dios mío, qué ojos, qué rostro —exclamó el viejo y renqueante doctor Evans, impresionado al ver el cadáver de Griselda sobre la cama.

El doctor Badwell admitió:

—Es cierto, el horror está impreso en su cara. Ha muerto en medio del pánico.

—¿Se le habrá enfrentado el espíritu maligno de Peter Wolfset? —se preguntó David en voz alta.

—Muchacho, muchas gente no cree en el espíritu y sin creer atrancan sus puertas, lo que indica que mienten. El espíritu de Peter Wolfset es algo tan

cierto como la nieve que hay fuera. Algunos le han visto, otros sólo le han oído. No han sido pocas las noches que golpes insistentes han llamado a las puertas y ventanas y no había nadie fuera. El es aquí dueño de la noche. La desgraciada Griselda no ha podido soportarlo viéndose sola en la noche, en medio de la nieve. Ella sabía que no podía escapar, que todos los que huyen regresan cadáveres.

—Esto no puede seguir así, hay que hacer algo —gruñó David.

—¿Qué se puede hacer contra un espíritu?

—La iglesia está abandonada, no hay ni una cruz.

—La cruz debió arrojarla fuera el propio reverendo Schroiter antes de morir en forma parecida a la de Griselda.

—¿Por qué no ha tallado o comprado una nueva cruz y la han colocado dentro de la iglesia, por qué no han traído a un nuevo reverendo?

—Hay crisis de fe, hay crisis de religiosos. No hay suficientes para todos y menos para un pueblo que se extingue por sí solo. Es cierto que han venido aquí, pero nada han podido solucionar.

—Parece que tendremos que aceptar su plan, doctor Badwell. Por el momento no hay nada mejor ni más fantástico. —David se encaró con el doctor Evans para preguntarle—: ¿Qué le parece si invocamos a otro espíritu para que nos ayude a vencer al maligno de Peter Wolfset?

Tengo miedo; ayúdame, por favor, ayúdame.

CAPITULO VIII

La noche tenía aspecto de hacerse eterna. La nieve luchaba contra el calor de los rescoldos del incendio de la casa de los Logan y vencía, ya de madrugada, blanqueando los restos del incendio, aunque con una capa de nieve muy inferior a la que se había aposentado en las demás casas.

Jennifer hacía café repetidamente.

Los hombres se hallaban en la sala comentando los sucesos y buscando soluciones.

La señora Arnold dormía profundamente a causa del sedante. Ignoraba todavía la muerte de Griselda; sin embargo, su cuerpo derrotado por los fármacos, de vez en cuando sufría espasmos musculares.

Griselda yacía en su cama en el centro de la habitación, cubierto su cuerpo con una sábana tras serle quitadas las prendas heladas por la nieve. Los ojos permanecían abiertos.

A petición de su padre, le habían colocado un pañuelo oscuro cubriéndole aquellos ojos que, horrorizados, habían saltado al otro lado de la barrera que separaba la vida de la muerte.

Jennifer, que se vencía a sí misma trabajando, había encendido varias velas en la alcoba mortuoria. Olía ya a cera cuando subió la escalera con un vaso de leche caliente para dárselo al joven Joseph, pues no había tardado en darse cuenta de que la señora Arnold se veía obligada a alimentar a su hijo pese a su edad ya crecida. De lo contrario, habría muerto de inanición; su subnormalidad era profunda, aunque no le afectaba a los sistemas motores.

Con el vaso de leche en la mano, iba a abrir la puerta del dormitorio. Se contuvo al oír una voz profunda, una Voz tan grave que resultaba ininteligible y no la reconocía como la del muchacho.

Sorprendida, pegó su oído a la madera de la puerta. Las palabras le llegaban, pero no lograba entenderlas. Se inclinó y miró por el ojo de la cerradura.

Había luz; un flexor sujeto a la pared iluminaba una mesa plana donde Joseph debía realizar sus juegos primarios. La voz salía de él, no cabía ninguna duda, y el muchacho estaba escribiendo, había papel y bolígrafo ante él.

Resultaba tan extraño que aquel muchacho idiota llegara a escribir, que sólo cabía pensar que estuviera haciendo garabatos sobre un papel. Respecto a la voz, no supo qué pensar.

Recuperó la verticalidad, asió el pomo y abrió la puerta.

El muchacho, sorprendido, se volvió hacia ella. Sus ojos no eran los del idiota que viera en otros momentos; eran los ojos de una fiera, los ojos de un lobo rabioso. Incluso, Joseph llegó a gruñir mostrándole los dientes como si fuera una bestia dispuesta a atacarla.

—¡Joseph!

—¡Fuera, fuera, fuera! —masculló el muchacho, con una malignidad en su rostro que no correspondía a su expresión habitual.

Jennifer trató de reponerse. Por un momento se dijo que se podía deber a una actitud rara del muchacho.

—Traigo la leche, bébetela.

Vio que en el bloc había palabras escritas y con mano rápida se hizo con el bloc; aquello puso más furioso al joven idiota, que erizó sus cabellos y se lanzó contra la joven.

—¡Auxilio! —gritó Jennifer, echándose hacia atrás.

Joseph lanzó un rugido mezcla de maullido, fue algo horroroso que aturdió a Jennifer que ya en el corredor se tambaleó mientras llegaban voces desde abajo.

—¡Jennifer! ¿Qué ocurre?

—¡Socorro! —gritó, al ver al joven idiota enmarcado en la puerta, con actitud fiera, como dispuesto de nuevo a saltar sobre ella.

Mas, al oír los pasos subiendo por la escalera, cerró de un portazo.

—Jennifer, ¿qué te ha ocurrido? —inquirió David, que pese a las molestias de su espalda había sido el primero en llegar a lo alto.

—¡Joseph, Joseph es como una fiera!

El alcalde Arnold, que llegó también jadeante, preguntó:

—¿Qué pasa con mi hijo?

—¡Estaba escribiendo y se ha revuelto contra mí como una fiera!

—Imposible, es pacífico totalmente. Además, es incapaz de escribir una sola letra.

—Pues este bloc, ¿qué es?

El alcalde tomó el bloc y leyó:

> «Querida Jennifer: soy Griselda y te escribo desde el cementerio. Sé que te va a costar creerlo, pero es así. Puedo seguir contándote cosas, todas las cosas que sucedan aquí hasta la muerte del último de los vecinos de este...»

Aquí se interrumpía el escrito.

—Es imposible, Joseph no puede haber escrito esto —protestó el padre.

David tomó el bloc entre sus manos, lo miró y se lo devolvió a Jennifer preguntándole: —Fíjate bien, ¿es ésta la letra que te escribía las cartas?

Jennifer se fijó tal como le pedían y asintió.

—Sí, sí, creo que sí lo es y además tengo las cartas para poder compararlas.

El alcalde inquirió:

—¿De qué cartas habla?

—Jennifer recibía cartas y también las respondía —aclaró David.

—No lo sabía —reconoció el padre.

—Griselda tampoco —dijo David.

—Todavía lo entiendo menos...

El doctor Badwell intervino mientras, renqueante, el doctor Evans llegaba a lo alto.

—Tú, Jennifer, recibías cartas que luego Griselda dijo no haber escrito. ¿No es así?

—Sí.

—Y ahora has descubierto que quien las escribía era Joseph.

—Eso es.

—¡Imposible! —Estalló el padre—. ¡Joseph no sabe escribir!

El doctor Badwell se volvió hacia el alcalde, concretándole:

—Conscientemente no sabe escribir, es cierto, pero de forma automática sí sabe y lo ha demostrado.

—Mo entiendo nada, nada —barbotó, agobiado por los terribles acontecimientos.

—De forma automática —esclareció el doctor Badwell— quiere decir que Joseph escribe sin que intervenga su propia razón. El no sabe lo que escribe, ni siquiera el idioma en que lo hace. Podía haber escrito en griego o en chino.

—¿Pretenden embaucarme?

—No, no se trata de embaucarle, simplemente que en tan poco tiempo es difícil explicarle un fenómeno de esta clase. Su hijo no escribe por sí mismo, sino a causa de otra personalidad que se introduce en él.

—Creo que he hecho una locura dejándole entrar en mi casa. Desde su llegada todo ha ido peor.

David abrió la puerta. El muchacho se hallaba acuclillado sobre la cama. Su rostro seguía siendo el de una fiera y rugía amenazador, era una mezcla de gran felino y lobo, su expresión se había malignizado.

—Cuidado, puede hacer daño —gruñó David.

—No, no es él mismo. —Haciendo su voz más profunda, el doctor Badwell exclamó—: ¡Peter Wolfset, pido a Dios que te obligue a abandonar el cuerpo de este infeliz!

—¡Joseph! —interpeló su padre.

—¡Uuuuuuuagggg!

Como si de un auténtico felino se tratara, casi voló por los aires. Los empujó a su paso, haciéndolos tambalear, y salió de la habitación tropezando con el doctor Evans.

Cayó por las escaleras rodando sobre sí mismo, mientras gritaba como un poseso que era.

—Dios mío, Joseph —gimió su padre, impotente y con las huellas de un zarpazo en su rostro. El muchacho, al pasar por su lado, había arremetido contra él.

—No era su hijo, señor Arnold —le puntualizó el doctor Badwell, poniéndole la mano en el hombro.

David y el doctor Evans descendieron por la escalinata hasta llegar junto al cuerpo inerte del muchacho. Era como un muñeco roto y con los ojos

terriblemente abiertos mientras un hilillo de sangre escapaba por la boca.

—Está muerto —dijo el doctor Evans—. Ha debido romperse la base del cráneo.

—Por lo menos, Peter Wolfset ya no podrá utilizarlo —musitó el doctor Badwell.

—¿Cree de verdad que el espíritu de ese monstruo de Peter Wolfset se había metido en la mente de mi hijo?

—Así es, doctor Arnold, no cabe ninguna duda. Usted lo tenía muchas veces dentro de su casa sin saberlo. Quizá ése fue uno de los motivos del enloquecimiento progresivo de Griselda, que debía presentir la presencia del maligno en esta casa y ansiaba escapar. Las jóvenes poseen una percepción sensitiva superior a la de los adultos, no le quepa ninguna duda.

Poco más tarde, cuando el cadáver yacía en la cama, el doctor Badwell descubrió en un escondrijo de la habitación las cartas que Jennifer había escrito a su amiga Griselda.

—¿Son éstas tus cartas?

—Sí, sí, seguro.

—Joseph debía hurtarlas por orden del espíritu que se apoderaba de él y debía de serle fácil porque se le prestaba poca atención. —Miró al alcalde, interrogante—. ¿No le vio merodear a veces por su despacho, señor Arnold?

—Pues, sí, ahora que lo dice; pero no podía imaginar una cosa semejante.

—Voy a decirle algo importante, señor Arnold, muy importante. —Todos hicieron un completo silencio y el doctor Badwell prosiguió—: Es inútil que cierre las puertas y atranque las ventanas, los espíritus traspasan las paredes, de nada les sirve a usted y a sus vecinos aislarse dentro de sus hogares cuando llega la noche. El espíritu maligno de Peter Wolfset llega a todas partes. Eso le explicará también por qué enloqueció dentro de su casa la señora Logan y salió armada de un cuchillo; por qué salió de la iglesia el reverendo Schroiter y supongo que otros muchos casos que yo desconozco ahora.

Tengo miedo. Por favor, ayúdame.

Cuando amaneció, el cansancio había hecho presa en todos. El cielo seguía encapotado, no ofrecía perspectivas de mejoría.

La nieve caída llegaba casi al metro de espesor. Otto había tenido la precaución de colocar el vehículo del doctor Badwell bajo uno de los porches, pero tampoco se podía salir; la nieve hacía intransitables todos los caminos.

—Creo que hoy no podremos dar sepultura a los muchachos —dijo el alcalde Arnold, completamente abatido. Iba a ser muy difícil que aquel hombre recuperara algún día la alegría de vivir.

Su esposa apareció en la casa deambulando como una sonámbula, como si estuviera ebria de malas noticias. El doctor Evans le había comunicado paternalmente y a la vez con sencillez lo ocurrido, y quizá porque la mujer aún se hallaba bajo los efectos del sedante, no gritó ni sollozó.

Se había quedado muy pálida, no hablaba ni preguntaba nada.

Jennifer la acompañó para ver el cadáver de su hija Griselda que reposaba

en su dormitorio y luego fueron al cuarto de Joseph.

Unas lágrimas escaparon de sus ojos al ver al muchacho que tantos y tantos esfuerzos le había costado criar. Había sido el último de los nacidos en la localidad, justo antes de que Peter Wolfset muriera, escupiéndoles su terrible maldición.

—¿Quiere que le prepare una tisana, señora Arnold?

A la pregunta solícita de Jennifer, la buena mujer ni respondió. Se dirigió a su alcoba, buscó ropas negras y se vistió con ellas. Luego se quedó temblando; en realidad, rezaba y rezaba.

—En vista de las nieves caídas, será mejor sepultar a los muchachos mañana, habrá que abrir un camino. Hay algunos tractores que ayudarán, aunque también habrá que manejar la pala.

—Usted no podrá salir con esta nieve, doctor Evans.

—Oh, sí, estoy acostumbrado al duro clima de la región y he salido muchas noches nevando para ayudar a mis vecinos. El alcalde tiene varios pares de calzado raqueta para caminar sobre la nieve, aunque le agradeceré que me acompañe por si me caigo. Me ayudará a explicar a los demás lo sucedido.

David Hitman se prestó a ello y al trabajo también se unió Otto.

Una hora más tarde se hallaban abiertas las puertas de las casas donde aún quedaban seres vivos. Dos tractores comenzaron a mover la nieve, lo cual no era fácil, la cantidad resultaba excesiva. Mejor hubiera sido un quitanieves, una máquina ideada para aquellos menesteres o, cuando menos, un bulldozer con una buena pala.

Se abrieron camino entre la nieve, uniendo unas casas con las otras.

Cuando aquello se consiguió, fueron varias las mujeres que se acercaron a la casa del alcalde para dar el pésame a la familia y velar los muertos si era menester.

Jennifer ayudó como si perteneciera a la familia de Arnold, casi ocupando el puesto de la hija fallecida, ya que los padres semejaban incapaces de reaccionar ante la dureza del mazazo que acababan de recibir.

David no regateó el manejo de la pala. Uno de los tractores, guiado por un hombre de rostro taciturno y nada hablador, comenzó a abrirse paso entre la nieve en dirección al cementerio.

Nadie deseaba que los cadáveres pasaran demasiado tiempo en el pueblo sin recibir sepultura. Era como si en efecto durase un cierto tiempo; luego se transformaba en temor hacia los difuntos no enterrados, difuntos que tenían que pasar la noche en una de las casas, muy cerca de donde dormían las restantes familias.

David contempló los restos de la casa de los Logan que producían una sensación deprimente. Por otra parte, nadie se había preocupado de buscar los restos de la señora Logan, que estarían allí, entre los cascotes. Posiblemente, nadie tendría prisa por hallarlos jamás.

La fatalidad se paseaba por aquel lugar, nadie creía en la esperanza de un

futuro mejor.

Las muertes de Griselda y Joseph en realidad no habían sorprendido a nadie, aunque no dejara de ser una brutal agresión a los sentimientos de sus padres.

—David...

—Sí, doctor Badwell.

—¿Pueden venir?

David Hitman siguió al doctor hasta la casa de los Schroiter donde se hospedaban las cuatro brujas enanas, en cierto modo ocultas. Otto les había llevado provisiones que ellas se habían cocinado en la propia chimenea de la vivienda que permanecía todo el tiempo encendida.

—No hay otra solución que arriesgarse.

—¿A qué?

El doctor Badwell miró a las brujas enanas.

—Ellas prepararán una sesión invocando a los espíritus de los muertos.

—Lo siento, doctor; pero pese a todo lo que he visto, no puedo creer en el espiritismo.

—Yo no creo ni dejo de creer nada, David, y soy de la opinión de que hay que agotar todas las posibilidades y siempre llego a la misma conclusión.

—¿Hallar la morada de Peter Wolfset?

—Así es, y sólo lo conseguiremos siguiendo al espíritu. ¿Cómo? No lo sé bien, pienso que hay que dejarlo un poco en manos del destino. Por cierto, tengo algo que enseñarte. No se lo cuentes a nadie por el momento.

—¿Qué es?

Abrió un bloc y le mostró un dibujo hecho a lápiz.

—¿Qué te sugiere eso?

—No sé, parece una fuente con una estatua encima.

—Es un lobo.

—Sí, ya veo.

—Y el pedestal, ¿no te dice nada?

—Ya caigo, es el pedestal de la fuente de la plaza.

—Exacto —exclamó satisfecho.

—Pero falta el lobo de piedra.

—Eso es. Peter es Pedro y Pedro es «piedra». ¿Te das cuenta?

—Claro, Peter Wolfset, lobo de piedra.

—Así es, aunque la palabra anglosajona Wolf, equivale a lobo, está un tanto distorsionada por alguna lengua románica con un sufijo.

—De modo que usted cree que Peter Wolfset tiene algo que ver con «lobo de piedra».

—Según la historia de Jennifer, el muchacho apareció a la fuente siendo un niño. No sabía de dónde venía ni quiénes eran sus padres y dijo ser Peter Wolfset o el lobo de piedra; quizá el lobito por el sufijo, habría que estudiarlo mejor.

—No querrá hacerme creer que Peter Wolfset tiene algo que ver con el

lobo del dibujo...

—Parece increíble, pero así es. Ese lobo estuvo sobre la fuente hace mucho tiempo y por los datos que he recopilado, datos de leyenda más que históricos, hubo un mal invierno en que el pueblo por muchos lobos que devoraron a varios niños. El pueblo, enfurecido, indignado, hizo batidas y tiró veneno para exterminarlos. También se fijaron en el lobo y como si estuviera vivo, lo destrozaron, haciéndolo desaparecer, quitándolo de su vista para siempre. Por supuesto, este, hecho se remonta a épocas pasadas.

—De modo que el pueblo lo destruyó como estuvo a punto de hacer con el propio Peter Wolfset cuando creyeron que él era el culpable de la desaparición de Jennifer.

—Exactamente.

—No puedo llegar a ninguna conclusión razonable, doctor Badwell, todo me parece inconcebible.

—Todo aquí es inconcebible, amigo David, todo. ¿Qué te pareció la escritura automática de un idiota que suplantaba en las cartas a su hermana cuando en la realidad y en su estado normal era incapaz de empuñar el bolígrafo con soltura y dibujar una sola letra?

—Sí, todo es extraordinario, malignamente fantástico.

Tengo miedo; por favor, ayúdame, ayúdame.

—Peter Wolfset, lo creamos o no, tiene mucho que ver con la estatua que el pueblo destruyó, la estatua que falta sobre la fuente.

—¿Y por qué regresó en forma de ser humano, suponiendo que él, él... —vaciló, le costaba decirlo—, fuera el desaparecido lobo de piedra?

—Quizá sea un espíritu maligno del infierno. Yo diría que regresó para vengarse de forma diabólica, debía tenerlo todo planeado. Se incrustó en esta comunidad sin integrarse totalmente a ella, estaba seguro de que llegaría una ocasión en que el pueblo arremetería contra él, porque él, en cierto modo, provocaba inquietud, desasosiego. Jennifer, siendo una niña, escapó. El pueblo arremetió contra él, pero luego se esclareció la situación. Peter Wolfset, como sabes, nada tuvo que ver con la huida de la pequeña Jennifer, que no soportaba vivir más con el despiadado puritano de su padre. Todos adquirieron un sentido de culpabilidad que Peter Wolfset no supo cultivar. Luego les hizo la faena de hacerles tragar las cenizas de sus muertos y después murió él haciendo desaparecer su cadáver. El golpe fue durísimo, había conseguido crear un estado de absoluta culpabilidad entre las gentes. Los tenía desmoralizados, asustados, y había que continuar horrorizándoles para que fueran hallando la muerte de forma violenta, por suicidio o por locura. La mayoría de las veces, con sus apariciones, con el terror que impone, provocó el aborto en las gestantes.

—¿Y cuál es su meta? ¿Hacer desaparecer todo signo de vida en este lugar, como lo hicieron desaparecer a él del pedestal de la fuente de la plaza?

—Sí, eso es lo que creo.

—Una meta muy desagradable.

—Su objetivo supongo que es llevárselo consigo al infierno. Todo son hipótesis, leyendas, pero ninguna explicación.

—¿Y quién puso esa estatua ahí? Porque parece que tenía algo de mágica.

—La estatua data de cuando había un castillo en la colina, un castillo pequeño que desapareció hace siglos. Sabrás que los señores de los castillos imponían vasallaje a los campesinos que vivían cerca de su fortaleza. Ese lobo pudo representar a algún señor del castillo, eso nadie puede recordarlo y no he hallado nada escrito al respecto.

—Sí, sé que hubo un castillo en la colina; estuve allí, pero ya no queda nada. Las piedras fueron utilizadas en solidificar las construcciones del pueblo.

—Sí, los vasallos sobrevivieron y devoraron al señor del castillo y ahora él pretende vengarse.

—Todo es demasiado fantástico, doctor Badwell, no llego; a comprenderlo. Me habla usted como si viviéramos en otra época.

—¿Crees que es tan diferente la época en que vivimos de otras pasadas?

—Opino que sí. La ciencia...

—No sigas, David —le atajó—; no somos distintos. Tenemos más artilugios, es cierto, pero el ser humano, con sus; miedos, terrores, sus egoísmos, su soberbia, es el mismo! Ahora, los vasallos no se llaman vasallos si no masa u obreros y los señores de los castillos son complicadísimas multinacionales financieras, fábricas monstruosas que todo lo devoran, hasta la sangre de quienes trabajan para ellas. —Suspiró—. Me temo que divago.

—¿Contará a todos cuáles son sus suposiciones?

—No, por el momento, no, sería ya demasiado para ellos. Además, creo que no tienen por qué sentirse responsables de lo que hicieron sus ancestros, aunque ese Peter Wolfset esté convencido de lo contrario.

—Usted cree que tenemos que habérnoslas con un espíritu infernal. ¿No es así?

Por favor, ayúdame. Tengo miedo, tengo miedo, ayúdame...

CAPITULO IX

—Querida, quédate aquí con nuestras vecinas —pidió el alcalde a su mujer.

No faltaba gente aquella noche en la casa de los Arnold. Dos cadáveres habían sido colocados en la sala, rodeados por los velones mortuorios.

El alcalde Arnold, tras la reflexión del doctor Badwell respecto a que los espíritus traspasaban las paredes y que no quedaban frenados por unas ventanas o puertas cerradas, dejó las protecciones abiertas y por primera vez en mucho tiempo, las ventanas de una casa se vieron iluminadas en la noche del pueblo.

El alcalde Arnold abandonó la casa. Miró al cielo; un viento helado había empujado las nubes, barriéndolas. Se podía ver la luna que semejaba aterida.

La nieve brillaba fantasmalmente, la noche era gélida y en la amanecida, seguro que la nieve se habría endurecido. El frío sería intenso.

El alcalde Arnold se dirigió a la casa de los Schroiter. Allí, tras la puerta cerrada, aguardaban el doctor Badwell, Otto, el doctor Evans —al que el propio doctor Badwell había puesto en antecedentes de lo que pretendían—, David, Jennifer y las cuatro brujas enanas.

El alcalde quedó perplejo al verlas.

—No tema, tratarán de ayudarnos.

—¿De dónde las han sacado?

—De los lugares más recónditos del continente, son mis colaboradoras.

David Hitman miró una vez más los dos círculos pintados en el suelo de la sala totalmente despejada de muebles, mientras en la chimenea ardía el fuego y despedía un intenso olor a hierbas que escocían los ojos.

Los círculos estaban uno dentro del otro y entre ambos había dibujados símbolos con la misma pintura blanca fosforescente utilizada para pintar los círculos.

Las cuatro brujas enanas se enfrentaron con el doctor Badwell y le hablaron a prisa con sus voces tan singulares. Eran como muñecas grotescas y espectrales sacadas de alguna olvidada estampa medieval.

—Bien, parece que podemos comenzar —dijo el doctor Badwell.

—¿Comenzar, qué? —inquirió el doctor Evans.

—Cualquiera de nosotros es libre de marcharse ahora, pero si participa en esta sesión, le ruego que, le guste o no, aguante hasta el final. Yo mismo no sé lo que va a ocurrir. Ellas no me lo explican todo y no puedo negarles incluso que podemos correr algún riesgo.

—¿De qué clase? —quiso saber el doctor Evans.

—No lo sé, quizá nos enfrentemos a la furia del espíritu maligno de Peter Wolfset.

Por favor, ayúdame. Tengo miedo.

Otto dijo entonces:

—Ellas piden que pongamos las manos abiertas.

—Así es. Seguramente nos pondrán un poco de ungüento en las palmas. Después nos cogeremos de las manos y formaremos un corro entre los dos círculos.

Todos vieron cómo las cuatro ancianas aplicaban una pomada desconocida en las palmas de las manos; era entre marrón y verdosa. Varios la olieron y no les gustó el olor.

Las cuatro brujas enanas se colocaron dentro del primer círculo, cogidas también de las manos.

—Atención, por lo que ellas me han dicho, girarán en el sentido del reloj, pero nosotros lo haremos en dirección contraria, despacio y en silencio.

—¿Hay que concentrarse? —preguntó David.

—Sí.

—¿En qué?

—Hay que conseguir no pensar en nada, en todo caso en que el espíritu maligno de Peter Wolfset es nuestro enemigo.

Jennifer quedó entre el doctor Badwell y David. Se juntaron las manos y el ungüento los unió como si fuera una soldadura.

Comenzaron a girar los dos corros, casi rozando el uno contra el otro y las brujas enanas canturrearon algo ininteligible para los demás.

El juego hubiera parecido estúpido, pues se prolongaba y la canción de las brujas enanas se había hecho monótona, de no ser porque Jennifer comenzó a desfallecer mientras abría mucho la boca, como si le faltara el aire o por ella fuera a vomitar las entrañas.

De pronto, Jennifer se sintió morir. Tuvo la sensación de que levitaba, de que ascendía por encima de los demás. Se volvió hacia ellos y los vio a todos por debajo.

Luego se vio a sí misma tendida en el suelo, como muerta.

No comprendía lo que sucedía, pero su espíritu se desprendió de su cuerpo. No había oído hablar de viajes astrales, de la separación del espíritu del cuerpo físico y no estaba preparada para ello. No sabía más que ella era algo etéreo, intangible, y que su cuerpo estaba abajo, como muerto. ¿Acaso había llegado su hora?, se preguntó.

De pronto, de alguna parte desconocida, surgió algo amorfo. Era como una fuerza volante que rugía ferozmente.

Jennifer, un espíritu puro, miró aquello que se le venía encima pero no retrocedió. El espíritu contrario la rodeó, la envolvió con sus feroces rugidos mezcla de aullidos y chillidos, era como una locura.

El espíritu de Jennifer se desplazó en el aire y vio los tejados nevados del pueblo. Había salido de la casa traspasando los techos.

El espíritu maligno reapareció, ahora en forma de una bestia apocalíptica de ojos enormes y fosforescentes, gran boca y dientes estremecedores.

Jennifer lo vio venir. La boca semejaba querer engullirla totalmente, mas no se asustó. Lo vio todo negro y luego volvió a aparecer la luna y las

estrellas.

El espíritu diabólico no había conseguido aterrorizar al espíritu puro de Jennifer y huyó.

La joven fue detrás de él dándose cuenta de que podía desplazarse a la misma velocidad. Tuvo la impresión de que el tiempo era eterno y finito a la vez, todo era diferente, como flotar en una cuarta o quinta dimensión.

No había sonido y, sin embargo, captaba sonidos que podían ser sinfónicos. No llegaba a comprender todo aquel espacio en el que ella se desplazaba y que se tornaba verde, rojo y negro.

De cuando en cuando, el espíritu maligno se revolvía hacia ella con su aspecto bestial y apocalíptico, como un dragón cósmico capaz de trasladarse entre las estrellas.

Todo podía estar sucediendo en unos segundos o en siglos, la noción del tiempo se había perdido.

Jennifer iba tras el espíritu maligno. Al fin, divisó como un bosque nevado. Persiguió al espíritu hasta ver cómo desaparecía por debajo de una piedra triangular cubierta en gran parte por musgo.

Jennifer vio entonces que las estrellas desaparecían y comenzaba un nuevo día. Súbitamente, tuvo miedo. Cerró los ojos y al abrirlos se vio rodeada por los hombres.

—¿Estoy muerta o viva? —preguntó, mirándoles.

—Viva —le respondió David, besándola en los labios ligeramente.

—Por favor, Jennifer, ¿de verdad has realizado un viaje astral?

—No sé. Creo que sí. ¿Cuánto rato llevo así?

—Toda la noche —le respondió el doctor Evans—. Yo hubiera jurado que habías muerto, pero el doctor Badwell me decía que tuviera esperanza mientras las brujas enanas seguían canturreando. Jamás he sufrido tanto, me sentía como culpable de tu muerte.

—Pues ya ve, doctor Evans, estoy viva.

—Jennifer, Jennifer, ¿has visto dónde se esconde?

—¿Ese ser que parece un dragón?

—Sí, sí, él.

—Debajo de una piedra triangular, en un bosquecillo de robles.

—¡Las ruinas! —exclamó David.

Tengo miedo, ayúdame, ayúdame, por favor.

Todo el pueblo subió aquella mañana a las ruinas. Iban armados con palos y escopetas, y buscaron hasta hallar la piedra triangular. Era más grande de lo que cabía sospechar en un principio.

—¡Arriba con ella! —gritó el alcalde Arnold.

Todos los hombres se pusieron a trabajar hasta conseguir mover y desplazar la gran piedra triangular que dejó al descubierto una entrada subterránea con unas escaleras ascendentes. Un hedor a moho y podredumbre se elevó desde el fondo.

—Hay que bajar.

Encendieron fósforos y mecheros, comenzando a descender.

Lo que encontraron fue tan terrible que repugnó hasta lo indecible. Aquello era una cripta funeraria repleta de restos humanos tirados sin ningún orden, cubriendo el suelo como una alfombra macabra. Por encima de ellos, sobre un pedestal que eran cuatro lobos de piedra, había un ataúd de mármol negro.

—¡Son nuestros muertos! —Gritó el alcalde Arnold—. ¡Nos engañó, no nos comimos las cenizas con el pan, nos mintió para enloquecernos!

Era cierto, allí estaban todos los cadáveres que Peter Wolfset había ido exhumando de sus respectivas tumbas para ocultarlos y decir luego que los había, incinerado y mezclado con la harina del pan, lo que no era cierto.

Entre varios, iluminados por las débiles llamas, movieron la tapa de mármol negro en la que se podía ver, cincelado en relieve, un lobo, y descubrieron su macabro contenido.

—¡Es Peter Wolfset, es él...! —gritaron.

Yacía como dormido. Parecía vivo. El alcalde Arnold preguntó:

—¿Qué podemos hacer con él?

—Usted es el representante de sus víctimas, alcalde Arnold. Tome su decisión antes de regresar todos estos restos humanos al cementerio como corresponde.

—Bien. Que tres o cuatro vayan al horno que él utilizaba y lo llenen de leña. El dijo que incineraba los cadáveres, ahora lo quemaremos a él; llevaremos sus cenizas en una avioneta y las esparciremos por el lejano océano para que jamás vuelva por aquí.

La sentencia del alcalde contra aquel ser diabólicos se cumplió.

El cuerpo comenzó a quemarse dentro del horno que él tantas veces calentara. En medio del crepitar de la abundante leña, se escucharon como rugidos que se fueron debilitando, debilitando.

—¿Tranquila ya, Jennifer? —preguntó David, abrazándola.

—Sí, David, aunque creo que nunca sabremos bien todo lo que aquí ha ocurrido. No sé cómo explicar mi viaje astral, fue como una pesadilla...

—Una pesadilla que ha terminado también para todo el pueblo. El horror quedará como algo lejano, algo que quedó atrás mientras tú y yo emprendemos una nueva vida juntos en nuestra ciudad.

—David, estaré siempre contigo, seré tu mujer y tú mi hombre.

Se besaron y la nieve no pareció tan fría.

Tengo miedo y ya no puedes ayudarme. Mis cenizas, mis cenizas..., mis cenizas..., mis cenizas se dispersan en el océano...

FIN